



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 26 (2020)

NAPOLEÓN Y LOS ROMÁNTICOS ESPAÑOLES. DEL ODIO AL INVASOR A LA VENERACIÓN DE SUS CENIZAS (1808-1840)

José María FERRI COLL
(Universidad de Alicante)

Recibido: 19-03-2020 / Revisado: 21-07-2020

Aceptado: 21-07-2020 / Publicado: 21-12-2020

RESUMEN: Este artículo analiza diferentes lecturas literarias y periodísticas españolas sobre el personaje histórico (pero también acerca del mito) desde el inicio de la Guerra de la Independencia hasta el traslado de las cenizas de Napoleón a París. Una vez que se fueron restañando las heridas de la invasión francesa en el orgullo nacional y a medida que se fueron dando las condiciones necesarias para que el liberalismo y el romanticismo, en sus diferentes ramificaciones, se fueran asentando en España, empezó a tomar cuerpo la figura de Napoleón como héroe romántico, cuya grandeza todavía era capaz de despertar el culto de las naciones europeas que se debatían entre el antiguo y el nuevo régimen.

PALABRAS CLAVE: Napoleón, romanticismo, Quintana, Espronceda, Larra.

NAPOLÉON AND THE SPANISH ROMANTICS. FROM HATING THE INVASOR TO VENERATING HIS ASHES (1808-1840)

ABSTRACT: This article analyzes different Spanish literary and journalistic readings on the historical and the mythical character of Napoleon, from the start of the War of Independence to the transfer of Napoleon's ashes to Paris. As the wounds of the French invasion on Spanish national pride began to heal, and as the necessary conditions arose for liberalism in its different models to settle, Napoleon became seen as a romantic hero, whose greatness was still capable of awakening the cult of the European nations that were torn between the old and the new regimes.

KEYWORDS: Napoleon, Romanticism, Quintana, Espronceda, Larra.

INTRODUCCIÓN

El romanticismo español miró a Napoleón (1769-1821) con diferentes ojos, según el momento histórico y la facción de aquel movimiento que contemplaba su figura presentándola, en palabras de Bengio, «selon son coeur» (1981: 130). Como se sabe, nuestro personaje creó enorme sugestión en toda la Europa del siglo XIX, sobre todo a partir de su muerte,¹ momento en que comenzó a constituirse el mito universal, que ya había ido forjándose en Francia después de su fugaz regreso del exilio en 1815,² pero no exclusivamente.³ Quizás, el juicio sobre la idealización de Bonaparte que nos dejó Rubén Darío sirva de muestra de la rápida transformación del hombre histórico en personaje de la literatura y el arte en general:

Y entonces me convencía de que en realidad no puede ya fácilmente concebirse otro Napoleón que el Napoleón idealizado de la leyenda, el de los versos de Heine, el de los cuadros lívidos de Henri de Groux. Los lugares de peregrinación y de turismo, la realidad de las reliquias conservadas en las colecciones que se exhiben, todo contribuye a afirmar mayormente el carácter extrahumano de la acción que tuvo entre los hombres el semidiós, cuyas cenizas están bajo la cúpula de los Inválidos (1904: 195).

Y así sucedió en aquellos países, como España, donde Napoleón había conseguido, con ardides y armas, que sus legítimos dirigentes doblegaran la cerviz ante él.⁴ Una vez que se habían ido restañando las heridas que la invasión francesa había dejado en el orgullo nacional y a medida que el liberalismo y el romanticismo fueron asentándose, vino bien la identificación de los atributos del héroe romántico con la figura de Napoleón, cuya grandeza todavía era capaz de despertar el culto de las naciones europeas que se debatían entre el antiguo y el nuevo régimen. En otro orden de cosas, garantizada la sucesión borbónica en España y alejado el peligro de un cambio de dinastía tras el fin de la Guerra de la Independencia, la figura del rey Fernando, que había funcionado como contrapunto a la de Napoleón en los años de la invasión gala, perdió mucho fuelle, hasta el punto de que los liberales españoles —primero en 1820, y de forma mucho más acentuada, a partir

¹ Véase Lote, 1930.

² No faltaron, sin embargo, las críticas, como las del *Journal des Débats* (19 de marzo de 1815), en cuyas páginas se publicó una agria comparación entre Napoleón, Atila y Genghis Khan, obra de Benjamin Constant (1767-1830), quien había formado parte del Consejo de Estado en la época del denominado *Imperio de los cien días*. Véase el apartado titulado «Napoleon Humanized: Constant and the Hundred Days» del trabajo de Hazareesingh (2005: 752-756).

³ Hazareesingh advirtió de que «there has been a consistent tendency to regard the Napoleonic legend as a romantic, backward-looking phenomenon, divorced from politics and lacking in specific ideological content. This view has led to an underestimation on the political and ideological underpinnings of the Napoleonic legend» (2005: 749). Se desarrolla esta tesis por extenso en Hazareesingh, 2004. En este sentido también se manifestó Gil Novales: «La leyenda napoleónica empezó a ser construida por el propio Napoleón, quien tenía un agudo sentido de la propaganda, en lo que se adelantó a muchos de sus contemporáneos. En España la gloria militar podía impresionar, el tema napoleónico en conjunto apasiona a nuestros ciudadanos, quienes aplicaban por retruque el esplendor francés a las realidades nacionales. Pero sobre todo lo importante es que Napoleón era un hombre, vencedor y derrotado, como todos los hombres. Su capacidad de trabajo, su rapidez de comprensión, su esfuerzo constante quedan en segundo término, como un basamento. Pero lo que realmente importa es la presentación de un Napoleón liberal, amigo de los pueblos [...] y de la paz, que solo hizo la guerra para combatir la tiranía. No importa que la realidad histórica sea más compleja o diferente. Unos cuantos españoles se apropian de la imagen legendaria, y además tienen el ejemplo de los que ya en 1820-1823 vinieron a España a luchar por nuestra libertad, o escribieron celebrándola» (2009: 20-21).

⁴ Sobre el culto a Napoleón en diferentes vertientes, véanse especialmente Gonnard, 1906; Lucas-Dubreton, 1960; Tulard, 1971; Bengio, 1981: 100-104; Girardet, 1986; Tulard, 1987; Alexander, 2001; Hazareesingh, 2004b y 2005: 747; Stock, 2006; Dwyer, 2008; Lilti, 2014.

de 1833— tomaron a Bonaparte por el héroe que los liberales moderados europeos habían hecho defensor de su causa.⁵

En las páginas que siguen analizo algunos hitos destacados de ese proceso, ceñidos al periodo que arranca en 1808, coincidiendo con el inicio de la Guerra de la Independencia, y llega hasta 1840, año en que se trasladaron los restos de Napoleón a París, empresa urdida por el ministro Adolphe Thiers (1797-1877), quien había persuadido al rey Luis Felipe I (1773-1850) de los beneficios que aquel acto solemne reportaría a los Orleans, aunque, a medio plazo, todo quedara en agua de borrajas.

He acudido sobre todo a tres figuras literarias representativas de momentos cenitales de este periodo, a saber: Quintana (1772-1857), Espronceda (1808-1842) y Larra (1809-1837), cuasicoetáneos los dos últimos, cuyos textos analizados he intentado contextualizar con otros procedentes de periódicos de la época y otras obras literarias menores, o incluso indignas de recibir tal calificación, aunque su relevancia histórica es indiscutible. Examinó la opinión pública divulgada por una selección de cabeceras del tiempo de la Guerra de la Independencia: *Diario Napoleónico* (Zaragoza, 1808); *El Desengaño* (Cádiz, 1808-1809); *Semanario Patriótico* (Madrid-Cádiz, 1808-1812); *Diario de Badajoz* (Badajoz, 1808-1810); *Gaceta Ministerial de Sevilla* (1808-1809); *Correo Político y Literario de Sevilla* (1809); *Gazeta de Sevilla* (1810-1812); *Gaceta Oficial del Gobierno de Vizcaya* (Bayona-Vitoria, 1810-1813); *Diario Mercantil de Cádiz* (1810-1813); *Diario del Gobierno de Sevilla* (1812-1813), etc. Y también el parecer de algunas de las muchas que proliferaron en el denominado Trienio Liberal: *Diario Constitucional, Político y Mercantil de Barcelona* (1820-1823); *El Universal* (Madrid, 1820-1823); *El Censor* (Madrid, 1820-1823); *El Zurriago* (Madrid, 1821-1823); *El Espectador* (Madrid, 1821-1823); *El Europeo* (Barcelona, 1823-1824), este último periódico nacido ya en los inicios de la restauración absolutista, etc.

Los ejemplos procedentes de las fuentes descritas arriba muestran cómo la construcción del héroe romántico ya no responde a los presupuestos tradicionales fundados en el paradigma de los ídolos, sino a una nueva concepción de aquel, entendido ahora como individuo que lucha en pro de valores como la patria y la libertad en un contexto de fragmentación política, cultural y espiritual. Esta transformación vino acompañada del nuevo protagonismo que fue alcanzando la opinión pública como un derecho de los ciudadanos de un estado liberal, en el sentido que tiene en nuestros días. Recuérdese que precisamente la negativa de las autoridades españolas de permitir el regreso a España de los hermanos Godoy cuando había echado a andar el Trienio se justificó, en gran medida, porque «todavía se les imputan en grandísima parte tantos males y calamidades como son los que desde aquella época se han acumulado sobre la España» (en Calvo, 2017: 262). Del mismo modo, los periódicos van aludiendo a la importancia que ya tiene la opinión de los ciudadanos. *El Zurriago* (1821-1823), por ejemplo, publicó una carta dirigida a Fernando VII en que se le advierte de que «la opinión pública ha designado ya a los principales autores de tan depravados intentos», en referencia a la deriva absolutista del reinado (n.º 22, 1822). No en balde, la lucha contra la censura y la defensa de la libertad de imprenta se convirtieron en un motivo romántico defendido, incluso en los tiempos de Calomarde (1773-1842), por periodistas de la talla de Larra. Sobre la libertad de expresión, este lanzó una pulla muy significativa en el arranque del artículo «¿Quién es el público y dónde se le encuentra?» (*El Pobrecito Hablador*, 17 de agosto de 1832):

⁵ Hazareesingh, al tratar sobre la complejidad del liberalismo francés en su relación con Napoleón, recuerda que «liberal ideas helped to shape the evolving representation of the Napoleonic heritage in France» (2005: 749). Tampoco en Francia hubo unanimidad a la hora de valorar el legado de Bonaparte ni de interpretar su figura.

Yo vengo a ser lo que se llama en el mundo un buen hombre, un infeliz, un pobrecillo, como ya se echará de ver en mis escritos; no tengo más defecto, o llámese sobra si se quiere, que hablar mucho, las más de las veces sin que nadie me pregunte mi opinión; váyase porque otros tienen el de no hablar nada, aunque se les pregunte la suya (Larra, 2000: 663).

Huelga decir que los documentos de toda índole sobre el asunto de este artículo son incontables y no resulta difícil encontrar discrepancias, excepciones o incluso contradicciones, por no mencionar los inevitables cambios de postura de algunos de los protagonistas de la España del romanticismo, donde hubieron de convivir absolutistas con liberales, y entre estos últimos, moderados con progresistas, así como gobiernos de diferente signo. A la complejidad de esta estampa se suma la variedad de *guerras* que concurren en la Guerra de la Independencia, cuya clausura dio paso a una etapa no menos problemática y cambiante. Los afrancesados y los exiliados, por su parte, constituyen dos grupos de gran interés, pero de muy difícil generalización por la enorme casuística que se dio entre ellos. Lo poliédrico de los conceptos de romanticismo y de liberalismo sobrepasa cualquier intento de síntesis y sistematización. Quiero advertir de ello porque, a las opiniones y testimonios que he reunido en las páginas que siguen, podrían sumárseles otros muchos, algunos de ellos que contradicen lo dicho por aquellos. He intentado resumir el asunto echando mano de autores y testimonios representativos, renunciando de antemano a abarcar la totalidad de modulaciones que cada una de las posturas individuales o grupales pudieran ofrecer en el terreno de lo político y de lo literario.

I. EL ODIADO INVASOR VS. EL REY AMADO

Ni el significado ni la denominación que se han ido consolidando, por diferente medio, del sintagma *Guerra de la Independencia* fueron tan nítidos y unívocos para los coetáneos de los años del conflicto bélico ni para los de las décadas inmediatamente posteriores hasta alcanzar la mitad del siglo aproximadamente, lo que ha provocado desencuentro entre los estudiosos a la hora de valorar la vigencia de diferentes marbetes (Álvarez Junco, 1994 y 2001: 119-129; Elorza, 2005). Repárese, por ejemplo, en cómo tituló José María de Lezpona en 1808 su *Discurso en elogio de la milicia [...] con algunas reflexiones sobre la actual guerra con Francia o, más bien, con su Emperador Napoleón I*. Parece que se alude sobre todo a un enfrentamiento militar entre dos países soslayando el hecho de que uno de los contendientes había sido invadido por el otro y poniendo el foco sobre el considerado a la sazón responsable de los hechos. Un manuscrito de 1814 titulado *Tabla cronológica-histórica de la mayor parte de los sucesos, así políticos como militares, que ocurrieron en la Guerra de España contra Napoleón Bonaparte* subraya asimismo el nombre del enemigo de España. De igual manera se procedió en el primer relato oficial de los hechos, narrado en la *Historia de la Guerra de España contra Napoleón Bonaparte* (1818), encargada por Fernando VII a Cabanes. Estos ejemplos vienen como anillo al dedo para entender mejor cómo se fue aireando la figura del antihéroe. Si creemos a Herr (1965), tal construcción fue necesaria para que calara una idea sencilla y maniquea, pero muy efectiva, en una población, en su mayoría, analfabeta. En efecto, enfrentar el Bien, encarnado en Fernando, contra el Mal, hecho cuerpo en el corso, puedo servir para arengar a un pueblo muy fragmentado en casi todos los sentidos. Se asociaba así la guerra contra el extranjero a la tenacidad con que los españoles siempre tuvieron que resistir ocupaciones foráneas, siendo el período de la denominada Reconquista quizás el de más poderosa atención (García Cárcel, 2006).

Como expuso Álvarez Junco (1994: 76-78), la identidad nacional heredada del Antiguo Régimen en el momento de la invasión francesa podía resumirse en cuatro ideas fundamentales, a saber: identificación entre política y religión (el catolicismo era consustancial a lo español); xenofobia, y más específicamente dirigida esta contra todo lo francés —téngase en cuenta el peso específico de los denominados *afrancesados* en las elites nacionales y la colaboración de algunos de estos con el gobierno josefino, como fue el caso de Alberto Lista (1775-1848)—; aceptación de la idea de decadencia, que llevaba coleando desde el siglo XVII; y una suerte de autoconmiseración definida por la tendencia sobresaliente de mostrar la patria como víctima de poderosas agresiones extranjeras. Las palabras con que Lezpona empieza su Introducción a la obra citada arriba representan un ejemplo de lo dicho:

La ocasión actual de necesidad absoluta en que se halla nuestra España de defender a costa de toda clase de sacrificios los tres objetos sagrados, y de mayor importancia a su antigua sólida constitución: Religión, Patria y Rey exigen forzosamente en general a todas las personas que integran esa Católica Nación poner en práctica todos los medios de eficacia y suficiencia para que queden sin mancillarse aquellos (1808: 5).

En este mismo apartado se presenta la estampa maniquea de Fernando (= Bien) frente a Napoleón (= Mal):

Es, pues, de aquel Napoleón Bonaparte, que se titula Emperador de los Franceses; mejor sería nombrarle el más agudo, y experto Maestro en el total de la iniquidad, violencias, usurpaciones, alevosías, con máscara de buena fe, y exterior simulación; lo que hace refinada hasta lo infinito su perfidia. Habiendo sido el resultado de sus últimas forjadas tramas querernos privar de los tres mayores bienes que quedan explicados después de haber observado España con él, y con la desgraciada Nación que yace bajo su cruel yugo la más constante y fidelísima alianza; y de haber condescendido nuestro Augusto Soberano lleno de aquella sinceridad, y buena fe que caracterizan al hombre de bien, a las falaces, y dolosas expresiones del tal Napoleón, y demás secuaces de sus inficionadas máximas para que se hayan seguido las dolorosas consecuencias que tocamos (1808: 7).

Esta antítesis héroe *vs.* antihéroe fue expuesta públicamente por diferentes medios.⁶ Nada mejor que una guerra para crear arquetipos heroicos y convertir a individuos sobresalientes en héroes cuyo culto llegue a ser popular. Los periódicos, como es natural, no podían quedarse al margen en la divulgación de una imagen de Napoleón que se iba acomodando a las circunstancias (Gómez Ímaz, 1910; Dufour, 2010). En un primer momento, coincidiendo con los años de la invasión, se cebaron con la figura del Emperador y con la del *rey errante*, uno de los sobrenombres con que se señaló a José.⁷ También salió mal

6 En verso cobra mayor fuerza por los recursos retóricos que la enfatizan. Léase, si no, el remate de un poema impreso en una única hoja sin datar que conserva la Biblioteca Nacional de España: «Viva, viva nuestro rey Fernando; / viva, viva nuestra religión, / viva, viva todo el que la abraza, / muera, muera todo traidor, / y el maldito de Napoleón» (*Elogio que hace un papamosquero a los afrancesados y franceses, que se canta por el tono del dulce amor, por tener gran complacencia de ver nuestras valerosas tropas en la capital de Sevilla*). Bengio explicó la figura antimítica de Bonaparte de la siguiente forma: «On peut dire qu'avant 1821, c'est-à-dire avant la mort de Napoléon, il n'y a pas de mythe littéraire autour de sa figure; plus précisément [...] on peut dire qu'à droite il y a constitution d'un anti-mythe, c'est-à-dire que Napoléon apparaît comme un ogre comme Néron» (1981: 100). Sobre las imágenes del ogro, véanse pp. 108-117.

7 También fuera del ámbito de la prensa, se imprimieron numerosos folletos, papeles y obras diversas de tema

parada la figura de Godoy (1767-1851) (Calvo 2017), que se presentaba como el cooperador necesario en los engaños urdidos para doblegar la voluntad de un timorato Fernando, hijo de padre débil y de madre infiel, en beneficio de los intereses franceses. Junto con el Príncipe de Asturias es el pueblo español el héroe colectivo más aclamado. Esta veneración debe incardinarse en la romántica idea de *Volksgeist*, al amparo de la cual se defendía que la esencia de una nación descansaba en su pueblo, y no en sus dirigentes, que, para el caso español, a excepción de Fernando, cuyo mito se había ido construyendo en los años de la guerra (Moreno Alonso, 2001: 22), habían sido corrompidos por la influencia francesa. De esa forma se utilizaron las gestas del dos de mayo y las épicas defensas de algunas ciudades para ejemplificar el valor del pueblo español en el sentido romántico de fragmentación nacional, frente a la idea universalista de la Ilustración.

Así las cosas, se fue alimentando la idea de que el pueblo español unido, excepto unos pocos afrancesados tachados de antipatriotas (Artola, 1953; Juretschke, 1962; López Tabar, 2001), se había levantado en armas contra el invasor galo y contra su Emperador. Y entre ese pueblo, como es lógico, también despuntaron héroes, como bandoleros, guerrilleros o mártires por la causa patriótica; y antihéroes, como los afrancesados y aquellos a quienes se consideró sin más enemigos de la patria, entre ellos los miembros de la propia Junta Central tras su disolución en 1810.⁸ Todos aquellos héroes respondían al modelo romántico que iba abriéndose paso en las diferentes naciones de Europa (Sánchez, 2018: 49). Al hijo de Carlos IV (1748-1819) había que salvarlo porque, frente a la idea francesa de cambio de dinastía, en España había triunfado la opinión de que era necesario cambiar de rey, pero siguiendo la tradición nacional y los derechos sucesorios de la Casa Borbón, de la que se obviaba su origen francés. Por esta razón, junto a la presencia de la idea de independencia (Elorza, 2005), hay que tener en cuenta también la comparecencia de las de revolución y de restauración dinástica en el seno de los valores españoles, sobre todo de aquellos que tenían que ver con la religión.

Es verdad que, desde el inicio de la guerra, los franceses se apresuraron a controlar los principales periódicos, sobre todo las cabeceras madrileñas, y a utilizarlos en beneficio de su propaganda, aunque sin mucha fortuna (Dufour, 2010: 136 y ss.). Menor fue la capacidad de los afrancesados y los franceses en su intento por mantener a raya el periodismo de provincias, aun deseando establecer el sistema francés de compatibilizar una prensa nacional con otra local, tolerando una única cabecera de la segunda de ellas (Dufour, 2010: 145 y ss.), intentona que se iba estrellando con la compleja realidad de la desigual implantación del régimen francés sobre el territorio español (Gómez Ímaz, 1910: 30-32). Un ejemplo de estos periódicos locales al servicio de los gobernantes extranjeros fue el *Diario del Gobierno de Cataluña y Barcelona* (1810-1811), donde se publicaron, en francés y en español, edictos gubernamentales en su mayoría. Lo propio hizo la *Gaceta Oficial del Gobierno de Vizcaya* (1810-1813), que, en 1810, fue el órgano oficial de comunicación de los franceses. En Sevilla, poco después de la entrada de las tropas francesas, apareció la *Gazeta de Sevilla* (1810-1812). Dirigida por Lista, la nueva publicación se volcó al servicio

patriótico y satírico. Sirva como ejemplo, por su valor, la *Colección de papeles patrióticos, poesías* (Biblioteca Nacional de España, R/60280), que reúne 106 folletos con letrillas, coplas y otros poemas satíricos y patrióticos que se imprimieron entre 1808 y 1814 en diversas imprentas de Madrid, Cádiz, Valencia, Córdoba, Sevilla o México, unas veces como anónimos o bajo siglas y otras con el nombre de su autor.

⁸ Un caso muy sobresaliente fue el maltrato que sufrió Jovellanos, analizado con detalle por Moreno Alonso, 2012b. Copio de allí unas palabras de Jovellanos dirigidas a Lord Holland en febrero de 1810, tras la toma de Sevilla por los franceses, donde se aprecia la amargura del ilustrado español: «Y lo que no puede decirse sin lágrimas, entretanto los facciosos, tal vez agitados por ellos, rasgan el corazón de la patria y la inhabilitan para la defensa, y los que con tan buen celo como poca fortuna la hemos defendido, nos hallamos perseguidos, escarnecidos y hechos la execración de los pueblos y la risa de los malvados» (p. 52).

de los franceses. En su primer número, por ejemplo, publicó los primeros decretos de reforma del reino dictados por José Bonaparte (Moreno Alonso, 2012a).⁹ Un caso opuesto viene representado por el constitucionalista *Diario del Gobierno de Sevilla* (1812-1813), que, tras la liberación de la ciudad, publicó diferentes textos de índole diversa. Por su parte, el *Diario de Badajoz* (1808-1810) cerró el número del sábado 6 de agosto de 1808 con este ovillejo sobre el tema bíblico de la *vanitas*, aplicado a Napoleón, firmado por *El Patriota T.*:

¿El corso, en qué finaliza?
En ceniza
¿Y qué vendrá a ser su gloria?
Escoria
¿Y su altivez decantada?
Nada
De las naciones hollada
tu soberbia se verá,
y todo su fin parará
en ceniza, escoria y nada.

La *Gaceta Ministerial de Sevilla* (1808-1809), órgano de la Junta Suprema de Sevilla, que había sido dirigida también por Lista, que aún era patriota, aludió en muchos de sus números a Napoleón en el momento de hacer balance de sus actos en Europa. El 8 de junio de 1808 cargó contra él como usurpador de los derechos legítimos de Fernando VII en las «Reflexiones sobre la carta de S. M. el Emperador de los Franceses y Rey de Italia a nuestro Monarca Fernando VII, en la que le reconoce solamente por Príncipe de Asturias». En el apartado de otro número de noviembre dedicado a la política apareció el artículo titulado «El yerro de Napoleón». Aquí no se ocultaba la grandeza del Emperador, que sirve ahora para poner de relieve el valor del pueblo español, que no se ha enfrentado a enemigo pequeño precisamente (Sánchez García, 2008):

[Napoleón] creyó engañar a los españoles, y en efecto engañó al gobierno, pero el pueblo, en la noche que destruyó el coloso del poder de Godoy, arruinó el proyecto de Bonaparte. Todavía era tiempo; pudo retirarse entonces con gloria, pudo estrechar más y más los vínculos que unían la España con la Francia; pero no quiso volver atrás, y cometió dos yerros en uno: primero, porque descubrió una ambición sin límites y sin pudor, que no se dignaba de ocultarse bajo un pretexto plausible; segunda, porque armó contra sí una nación numerosa, cuyos recursos son inmensos, valiente, pundonorosa, que había roto su cadena, y que empezaba a gozar el placer de vivir bajo un rey amado. Una nación en esas circunstancias es invencible (22 de noviembre de 1808).¹⁰

⁹ Para contrarrestar la propaganda pro francesa y para ridiculizar los decretos josefinos y los pretendidos beneficios de la administración francesa de España se estamparon libros como el curioso *Napoleón o el verdadero D. Quijote de la Europa* (1813), en cuya portada puede leerse: «Comentarios crítico-patriótico-burlescos a varios decretos de Napoleón y su hermano José [...] escritos por un español amante de su patria [...]».

¹⁰ Léase también el episodio en el volumen 5 de la *Historia de España* de Alcalá Galiano (1845: 224), donde don Antonio da testimonio de la «indocilidad tenaz de los españoles». Aunque extemporáneas, muy elocuentes me parecen las palabras de Pedro Antonio Alarcón (1833-1891), procedentes del cuento *¡Viva el Papa!* (1857), sobre el concepto de pueblo español a la altura de 1809: «Ser español significaba en aquel tiempo mucho más que ahora. Significaba ser vencedor del Capitán del siglo, ser soldado de Bailén y Zaragoza, ser defensor de la historia, de la tradición, de la fe antigua; mantenedor de la independencia de las naciones, paladín de Cristo, cruzado de la libertad... En esto último

Por su parte, el *Correo Político y Literario de Sevilla* (1809), en su número 36 de 1809, imprimió un soneto patriótico contra Napoleón, firmado por Silvio Philon, quien también era el autor de otro soneto titulado «A Zaragoza, no por el valor de los franceses, sino por el hambre y la peste, rendida», publicado el 26 de junio de 1809. Huelga decir que ninguno de los dos textos merece ser recordado por su valor artístico, pero ambos son representativos del momento. El *Diario Mercantil de Cádiz* (1810-1813) (224, 15 de agosto de 1809) se refiere al dirigente francés como tirano. En 1809 recogía a modo de arenga unas palabras del archiduque Fernando pronunciadas contra Napoleón:

Combatimos [...] contra el Emperador Napoleón porque en la guerra encontramos la seguridad que en balde nos prometíamos de una paz, que siempre ha contribuido a facilitar sus miras ambiciosas.

El *Diario Crítico General de Sevilla* (1814-1815), el martes 2 de enero de 1814, recogió la información publicada por una gaceta de Petersburgo sobre el estado de las fuerzas napoleónicas en los años 1812 y 1813. Al reseñar el primero de estos, el periódico se hace eco de la fama de invencible que había cosechado Napoleón en toda Europa: «Bastábale mandar y todo se hallaba hecho». Se insiste asimismo en el valor del pueblo español: «Solo España le sacaba mentiroso y respecto de ella le salían fallidas todas las predicciones». Cuando el periódico llega al año 1813 (12 de enero de 1814), se subraya la pérdida de España y las derrotas sufridas en la Europa oriental. Es decir, se pretende mostrar ahora a un Napoleón vulnerable que puede ser derrotado. El 15 de enero de 1814, el periódico apostaba por Francisco Ballesteros (1770-1832) como Ministro de la Guerra:

Con un militar experimentado, guerrero, emprendedor, laborioso y patriota ya no existiría Bonaparte y su ruina, en fin, se debería a la España; como estamos, Bonaparte aún puede vivir; se necesita más vigor, más energía, más patriotismo.

Finalmente, como es sabido, el *Diario* se salió con la suya y el general fue nombrado ministro por Fernando VII en 1815, aunque sus ideas liberales le harían caer en desgracia enseguida. La literatura había dado cumplida cuenta del valor de este militar en obras anónimas como *La batalla mora por Ballesteros y entrada de los españoles en Málaga* (1812) y *El terror de los franceses y defensor de los andaluces, D. Francisco Ballesteros* (1814). Se trataba, tanto en los periódicos como en la literatura, de presentar ante la opinión pública a un valeroso militar español que pudiera estar a la altura del Emperador francés en cualidades marciales. Era obvio que tales destrezas no podían ser atribuidas, ni con mucha imaginación, al joven Fernando.

Siguiendo el paso ahora de la literatura, en 1808, coincidiendo con el inicio de la guerra, Quintana fue nombrado secretario de la Junta Central con el encargo, entre otros, de redactar las proclamas y los manifiestos que habían de dirigirse al pueblo español (Durán, Romero y Cantos, 2009). También en ese año, el escritor madrileño publicó sus *Poesías patrióticas*, poemario que agavilla seis odas compuestas entre mayo de 1792 y julio de 1808, dos de las cuales ya habían sido impresas en el folleto *España libre*. En la misma

nos engañábamos... Pero ¡cómo ha de ser! ¿Quién había de adivinar entonces, al defender a don Fernando VII contra los franceses, que él mismo los llamaría al cabo de catorce años y los traería a España en 1823?... En fin, no quiero hablar... ¡pues hay cosas que todavía me encienden la sangre!» (1857: 195).

fecha inauguró en Madrid y Cádiz¹¹ el *Semanario Patriótico* (1808-1812),¹² seguramente el primer periódico político español, que llegó a muchos lectores. Esta publicación defendió la unidad y fraternidad de los españoles y la existencia de leyes destinadas al interés general de la patria, siguiendo la idea liberal de ciudadanía que conformaba una nación, diferente de la concepción de súbditos de un reino.¹³ Un nostálgico del pasado nacional de España, como, en cierta forma, fue Capmany (1742-1813), había escrito a Godoy a finales de 1806 una carta, luego publicada en *Centinela contra franceses* (1808), en que se preguntaba de qué le servía a un rey tener vasallos si no tenía nación y donde afirmaba que toda patria necesitaba una nación, que él entendía como la unidad de costumbres, leyes, etc. de sus integrantes, que se iba transmitiendo de generación en generación (Vilar, 1973). La crítica a Napoleón, en el sentido de que este consiguió fragmentar dicha unidad, se repite en sus *Gritos de Madrid cautivo a los pueblos de España* (1808) y *Centinela de la patria* (1810). El pensamiento de Capmany, por tanto, está a caballo entre el antiguo orden monárquico y el venidero régimen constitucionalista, ideas que sintetiza en la tríada patria, libertad y religión. En los diferentes y numerosísimos textos bajo diferente formato genérico de los años de la guerra pueden advertirse puntos de vista distintos respecto de este asunto. García Cárcel los ha resumido muy acertadamente así:

El patriotismo español desde 1808 tuvo [...] dos líneas de expresión muy distintas entre sí. Una, la del populismo defensivo, que tenía una conciencia nacional definida [...] pero que la ponía al servicio de la causa del orden, de la restauración del rey perdido, de los valores religiosos más tradicionales. Era una visión de la nación pesimista, marcada por un complejo de inferioridad herido [...]. La otra era la línea del pensamiento liberal, que creyó ver ya en 1808 la ocasión de otorgar a la nación española, en pleno vacío de poder monárquico, el protagonismo histórico en el cambio de régimen, a través de unas cortes y una constitución (2006: 179-180).

En la advertencia inicial a sus *Poesías*, Quintana explica la finalidad de sus versos:

Inspirados estos versos por el amor a la gloria y a la libertad de la Patria, manifiesten ya la indignación de un pueblo fuerte y generoso sufriese el yugo más infame que hubo nunca; ya la esperanza de sacudirle, y de que tomásemos en el orden político y civil el lugar que por nuestro carácter y circunstancias locales nos ha asignado la naturaleza (1808: s. p.).

Años después, al valorar el éxito de su *Pelayo* (1805), el autor volvió la vista atrás para reflexionar sobre la interacción de política y literatura. Copio abajo, por precisas, unas palabras al respecto de M.^a José Rodríguez:

¹¹ Para el análisis de la riquísima prensa gaditana del período 1810-1814, véase Cantos, Durán y Romero, 2008. Para la prensa española del período 1808-1814 sigue siendo imprescindible el trabajo de Gómez, 1910.

¹² Quintana escribió allí a modo de introducción: «La opinión pública es mucho más fuerte que la autoridad malquista y los ejércitos armados. Esta es la que [...] derribó al Favorito insolente que veinte años estuvo insultando la Nación; la que puso en el trono a un Príncipe idolatrado del pueblo que veía en él un compañero de su opresión, y el árbol de su esperanza; y la que ha producido los prodigios de valor, que con espanto y admiración de Europa acaban de obrar nuestras provincias» (*Semanario Patriótico*, 15 de septiembre de 1808).

¹³ En el folleto político *El grito de la razón al español invencible o la guerra espontánea al pérfido Bonaparte* (1808), Juan Romero Alpuente (1762-1835) defiende el constitucionalismo en contra del despotismo y pone en boca de un liberal Fernando VII nada menos que su abdicación en favor de la nación.

Como Quintana explica en 1821 [alude la estudiosa a la justificación de los defectos de su tragedia, que el público disculpó por su contenido patriótico], en los umbrales de la Guerra de la Independencia la literatura representó alegóricamente la realidad contemporánea. Bajo la apariencia de enunciados políticos universales, se expone la idea de que la nación española no puede permanecer impasible ante el opresor. Por eso, aunque los escritores aparenten comportarse como el moderado sentir ilustrado aconsejaba, esto es, demostrando que los ciudadanos, convertidos en tales por obra de la educación, del racionalismo filosófico y del ascenso social de las clases medias, no podían sino repudiar la tiranía, al mismo tiempo exigían con sus versos la resolución de la situación catastrófica que vivía España proponiendo, más o menos subrepticamente, un inconformismo popular (2012: 409).

En la oda «A las provincias españolas armadas contra los franceses», de julio de 1808, su autor fija el foco, como no podía ser de otro modo, sobre el invasor. «Francia culpable», «Vándalos del Sena» y «Víboras de Alcides» son algunos de los sintagmas con que el autor define a los franceses. Se asocian en el poema de Quintana literatura, guerra y política. No en balde, el trabajo de Aymes (2002) demostró en cifras, según su análisis de la propaganda antifrancesa, lo que ya sabíamos, que el pueblo francés y su ejército avivaron el odio de los rebeldes españoles, aunque la galofobia no era nueva ni se debió únicamente a la invasión. Por encima de estos, siguiendo el orden establecido por el hispanista francés, se encuentran Murat y Napoleón, quien ocupa, con mucha holgura, el primer puesto de esa particular clasificación de enemigos del pueblo español. Del mismo tono es la oda «A España después de la revolución de marzo», de abril de 1808, compuesta tras los acontecimientos que los historiadores han venido denominando *motín de Aranjuez*. La crítica de Quintana no queda limitada al invasor francés, sino que se extiende a los gobernantes españoles. El genio del poeta huyó de los esquematismos y simplismos tan habituales en folletos, pasquines, soliloquios dramáticos y poemas, que tan habituales fueron en los años de guerra contra los franceses en los cuales Napoleón, su hermano, sus generales y los franceses en general siempre aparecían en el polo opuesto al que ocupaban los gobernantes españoles, depositarios de las virtudes que, en el invasor, por elemental aplicación de la antítesis eran vicios (Larraz, 1974; Gies, 1995; Freire, 1988, 2008a, 2009).¹⁴ No hay que olvidar que Quintana había advertido a los lectores de las *Poesías patrióticas* de que él mismo había mantenido inéditas hasta ese momento algunas de las odas por miedo a la opresión, es decir por temor a Godoy, todopoderoso privado, que se había ido cosechando

¹⁴ Valgan como ejemplos, ambos del mismo año de 1808, el folleto citado de Antonio de Capmany *Centinela contra franceses*, donde se llama a Bonaparte «Gran Napoleón, grande en fiereza, grande en perfidia, grande en crueldad» y «aborto de un islote», cuyo gran éxito hizo que al año siguiente se publicara una segunda parte; y la obra dramática firmada con el significativo pseudónimo de Timoteo de Paz y del Rey que llevaba por título *Napoleón rabiando. Quasi-comedia del día para diversión de cualquiera casa particular entre solos cinco interlocutores que son Napoleón, el rey Pepe, su hermano, Lebrac y Legrin, generales y Duron, secretario de Napoleón*. En la cubierta de la impresión valenciana se lee además: «La escena debería ser en los infiernos, pero por ahora la pondremos en el gabinete del palacio de Bayona». Sobran los comentarios. La inteligencia de Quintana, al contrario, supo dividir las responsabilidades en el sentido en que los hechos históricos aconsejaban. Así, a los gobernantes españoles, los llama «déspotas antiguos», que «consternados y pálidos se esconden». Véase asimismo el índice de la monumental colección de documentos del Fraile (Freire, 2008b). Copio a continuación un valioso testimonio periodístico sobre la prolija literatura antinapoleónica aportado por Rodríguez, 2012: 418: «Es el caso que desde que salí de casa hasta llegar a la Puerta del Sol no dejé de oír gritos de ciegos publicando *Napoleón rabiando* y otras producciones de este jaez, y por casi todas las librerías de la calle de las Carretas y por las esquinas de la plazuela del Ángel y Puerta del Sol vi que volvían a presentarse aquellos mamarrachos indecentes que ofenden menos a los que satirizan que a sus autores y a los que los buscan y que se repetían los anuncios de varios folletos despreciables, que degradan el carácter de la nación, dando la idea menos ventajosa de su decoro e ilustración y que solo pueden servir de asunto de risa a los hombres que no piensan, y de mofa y desprecio aun a los mismo franceses ‘Señor Diarista’» (*Diario de Madrid*, 13 de septiembre de 1812).

la enemistad de muchos sectores del país (Calvo, 2017).¹⁵ Los ilustrados no pudieron ver con buenos ojos la detención en 1801 y posterior destierro mallorquín de Jovellanos (1744-1811); los más conservadores tampoco podían aceptar una reforma de la enseñanza ni el clero las limitaciones que se iban poniendo aquí y allá a la Inquisición (Walde Moheno, 1994: 236); y algunos, como el caso del oscuro sacerdote José Clemente Carnicero (1770-1849), habían opinado, en palabras de Llorens, que «lo ocurrido en España a partir de 1808 venía a reducirse a un embrollo promovido por el pícaro de Godoy y el no menos pícaro de Napoleón» (2006: 288). Así, la curiosa publicación gaditana, vendida por cuadernos, *El Desengaño o particularidades de la vida pública de Napoleón desde su venida de Egipto hasta nuestros tiempos, mezclada con reflexiones políticas y morales que descubren su verdadero carácter* (1808-1809), firmada por Pascual Bolaños, muestra la hostilidad hacia Godoy de su autor. Y el *Diario Napoleónico de hoy martes aciago para los Franceses y Domingo feliz para los Españoles: Primer año de la libertad, independencia y dicha española, de la decadencia y desgracia de Bonaparte, del abatimiento de la Francia y salvación de la Europa, y último de la tiranía de Napoleón* (1808), cuyo título evita más comentarios, publicó el anuncio de la representación de la comedia de magia *El segundo Luzbel Napoléon Bonaparte*, en que al personaje de Godoy se le califica de traidor.¹⁶ Quizás este último fue el personaje histórico español más castigado por la opinión pública tras su caída. Es difícil encontrar alguna alusión positiva a su figura, o siquiera neutra (Calvo, 2017: 263-264).

La institución monárquica, de vuelta a Quintana, debía conservarse, pero, para zafarse de la tiranía, era necesario que el poder del rey quedara limitado y regulado por la ley. Por esta razón, el escritor madrileño vio en la invasión francesa una oportunidad para librarse de los gobernantes españoles que se habían ido posicionando en tiempos de Carlos IV muy cerca de la misma tiranía que ahora se criticaba a los franceses, haciendo buenos los versos «antes la muerte / que consentir jamás ningún tirano». Es decir, la tiranía no era ejercicio exclusivo de los franceses. La diferencia entre el padre de Fernando y Napoleón radicaba en que este último tenía un plan ambicioso y confiaba plenamente en su capacidad para llevarlo a cabo. En efecto, para hacerse con el control del Mediterráneo, el francés necesitaba dominar España. De paso, se haría también con el control de los metales preciosos americanos, con la lana merina de la península y con amplias extensiones de tierra para el cultivo del algodón (Walde Moheno, 1994: 236-237). Y un detalle más. La oda del folleto *España libre* «A España en abril de 1808» pasó a titularse en *Poesías patrióticas* «A España después de la revolución de marzo». La alusión explícita en el encabezamiento de la oda a los sucesos de Aranjuez puede deberse al deseo del autor de hacer hincapié en los levantamientos populares contra los gobernantes españoles, aunque, como decía Larra en el artículo «El hombre-globo» (*Revista Mensajero*, 9 de marzo de 1835) sobre el que trataré enseguida, de poco sirve y poco dura la ira del pueblo.

Probablemente también en 1808 se imprimió en Valencia la *Profecía del Pirineo. Oda siguiendo el tono lírico de la Profecía del tajo, escrita por fray Luis de León*, de Juan Bautista de Arriaza (1770-1837), cuyos poemas patrióticos gozaron de gran aceptación y fueron leídos, recitados y oídos generosamente a lo largo de la contienda franco-española (Marco, 1981). En el poema de Arriaza comparece, enfrentado a Napoleón, Fernando VII, sin que el

¹⁵ Como afirma Antonio Calvo, «cultivados por sus enemigos políticos mientras estuvo en el poder, los rumores sobre su impericia, venalidad y concupiscencia se convirtieron en un verdadero clamor a partir de su caída en marzo de 1808, manifestado en ese enconado odio que destilan los textos publicados durante la Guerra de la Independencia» (2017: 262).

¹⁶ En el terreno satírico hay que tener en cuenta asimismo el género fabulístico al que pertenece, por ejemplo, *El león y la zorra* (1808) (Freire, 1988; Étienne, 2010: 256).

poeta haga alusión alguna a la etapa de Godoy, a quien Arriaza había adulado hasta la saciedad antes de la guerra:

¡Napoleón! (tronando
sonó la voz) ¡Napoleón, ¿en dónde
la Majestad augusta de Fernando
tu perfidia escondió? Traidor, responde
del que llamaste hermano.
Te buscó grande, y te encontró villano.

Él se entregó a esos brazos
que como los de un héroe le tendiste:
«Magnánimo y leal cayó en tus lazos;
la máscara que hipócrita vestiste
sereno al punto arrojas
y de corona y cetro le despojas».

La elección de la lírica en su modalidad de la oda y la inspiración en poetas renacentistas españoles, como el caso de Fray Luis, o Garcilaso, muy valorado también por los románticos, no pudo ser casual en las obras de Quintana y Arriaza. El propio Capmany había considerado nuestro *xvi* como *Siglo de Oro* de la literatura española, frente al gongorismo posterior sobre todo en su *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española* (1786-1794).¹⁷ El veterano escritor no olvidó tampoco que aquel siglo fue también el de las grandes victorias militares españolas frente al *xvii*, que representaba el inicio de la decadencia económica y de las derrotas militares.

2. EL REO LIBERAL, HÉROE ROMÁNTICO

El mito antinapoleónico pervivió en los primeros hitos y defensas del romanticismo en España. Para el erudito Böhl de Faber (1770-1836), afincado en Cádiz en 1794, Bonaparte seguía siendo una suerte de anti-Cristo, enemigo de los grandes valores tradicionales españoles cifrados en la religión y la monarquía; así como modelo de ateísmo, revolución y corrupción moral (Carnero, 1981: 136-137; Gil Novales, 2004; Castells y Roca, 2004).¹⁸ El sabio alemán extendió su odio contra Napoleón a la minoría española afín a los postulados franceses, y hostil, según él, a la defensa del carácter nacional. De ahí que, en el pensamiento de Böhl, el peligro para España no hubiera acabado con la expulsión de las tropas napoleónicas, pues los afrancesados perserveraban en el culto a Napoleón y en los valores encarnados por él. Esta suposición torticera provocó la asociación entre liberales y afrancesados defendida por Böhl en contra de las evidencias históricas.

A pesar de los resquemores que el movimiento romántico había despertado en su vinculación a aspectos políticos y religiosos debida a Böhl principalmente,¹⁹ a medida que

¹⁷ Véase, sobre la acuñación dieciochesca del marbete *Siglo de Oro*, Ferri Coll, 2017.

¹⁸ Copio la conclusión de Castells y Roca: «El caso de España es claro: el romanticismo tuvo su expresión política antinapoleónica, y funcionó como mito negativo, tanto en el campo absolutista como en el liberal. Pero los liberales españoles, sobre todo los militares, que habían luchado contra Napoleón, no pudieron sustraerse a su sugestión. Los románticos españoles, como los italianos, también hicieron del emperador un emblema, una imagen y una inspiración. Lucharon contra su presencia despótica durante la guerra de 1808, pero enaltecieron su figura, tras su exilio y muerte en Santa Elena. Porque un mito no es popular más que si este mito recuerda a los hombres su condición de mortales» (2004: 80).

¹⁹ La conocida polémica gaditana habida entre el cónsul hamburgués y José Joaquín de Mora (1783-1864), apoyado

el liberalismo se iba asentando, el nuevo movimiento iba ofreciendo en España algunos frutos coincidiendo con el Trienio Liberal sobre todo, a cuyo fin se dio algún rebrote neoclásico. La censura y la persecución de los liberales por el temido Calomarde fueron serios obstáculos para la creación literaria afín a la nueva estética en los últimos diez años del reinado de Fernando VII. Al mismo tiempo, la galería tradicional de héroes hubo de ir adaptándose a los nuevos tiempos. Difícilmente, una legión de santos, vírgenes, nobles o clérigos podría seguir siendo venerada por la recién creada opinión pública. Como afirma Raquel Sánchez, «el héroe del siglo XIX fue el héroe romántico» (2018: 45). Y ello se debió, entre otras cosas, al hecho de que el romántico, frente a otros arquetipos, se mostraba como adalid de la individualidad y se presentaba capaz de actuar libre de servidumbres familiares o sociales impuestas por su nacimiento y pertenencia a grupos o colectivos que determinaban su conducta y hacían previsible su comportamiento en función del lugar que a cada sujeto le correspondía por su origen dentro de un orden social muy codificado. La defensa de la individualidad suponía también el reconocimiento del valor de las obras de cada persona. Es significativo el brindis de Espronceda por «el triunfo del talento y de la virtud sobre la aristocracia del nacimiento y de la riqueza», según informó *El Correo Nacional* el 20 de febrero de 1839. Eran precisamente aquellas, y no la ascendencia, las que podían otorgar carácter excepcional a aquellos hombres singulares que habían conseguido descollar del resto. Pero ser diferente no liberaba al héroe de toda servidumbre. La primera de estas, y posiblemente la más onerosa, radicaba en la insatisfacción que experimentaba el individuo egregio ante la sociedad en que vivía. Tal desacuerdo había de

por un joven Antonio Alcalá Galiano (1798-1865), liberal exaltado a la sazón, iniciada al poco de regresar Fernando VII a España y concluida al final del primer periodo de su reinado, en 1820, ha sido considerada por la historiografía literaria desde finales del XIX como el primer jalón cronológico del romanticismo español. La disputa, sin embargo, no se puede decir que tuviera una amplia difusión, aunque parece probado que fue decisiva para que se difundieran en España las ideas principales del romanticismo alemán, que Böhl conocía de primera mano de la misma manera que estaba familiarizado con la literatura romántica europea contemporánea. Por todo ello, alguna vez se le ha considerado pionero de nuestro romanticismo (Flitter, 1995: 38). En ese contexto hay que incluir también los escritos de su esposa, Frasquita Larrea, quien publicó, en 1814, la narración de la entrada de Fernando VII en Zaragoza exaltando el conservadurismo del pueblo español, tachando de francés el liberalismo y presentando la monarquía como única forma de gobierno. No cabe duda de que la polémica, a pesar de ser literaria, mostraba que las heridas de la guerra todavía estaban abiertas y que el odio a lo francés seguía vigente. Böhl se lanzó a defender el teatro de Calderón, en parte importante, por su sustrato católico; y la poesía nacional popular en la línea de las teorías de Herder (1744-1803), muy poco conocidas entonces en España. En lo poético, el diplomático alemán había hecho suyas las teorías de A. W. Schlegel (1767-1845) sobre el moderno arte *romancesco*, adjetivo que usaba Böhl; mientras Mora prefería *romántico*, que se diferenciaba del antiguo en que este último se regía por reglas mientras que aquel se acomodaba a la naturaleza del hombre contemporáneo. La literatura romántica, según estas ideas, había de ser cristiana, espiritual y caballeresca en su temática. Mora, por su parte, defendió los preceptos antiguos y condenó los desórdenes de la imaginación poniéndose del lado del clasicismo francés. Pero, en el fondo, lo que se estaba disputando rebasaba lo literario y entraba de lleno en la ideología de cada uno de los polemistas. Quizás, Mora se sintió impelido a responder a Böhl no solo porque estuviera en contra de su idea de un romanticismo monárquico, medievalista y cristiano, sino porque, como otros jóvenes liberales y quizás afrancesados como él, cuyas expectativas habían quedado truncadas con el regreso de un rey absoluto, entendió que no podía dejar sin réplica la lección de patriotismo que el alemán había incardinado en el debate literario. No en vano, este había titulado la recopilación de todos los textos de la polémica, con modificaciones en algunos casos, *Vindicaciones de Calderón y del teatro antiguo español contra los afrancesados en literatura* (1820). Y para que se conociera el alcance de la postura de Mora, este no dudó en relacionar liberalismo y gusto clásico, circunscrito el primero al ámbito de la política y el segundo, al de la literatura. Por el clima hostil hacia el liberalismo, tras el regreso de Fernando, y no digamos hacia los afrancesados, era esperable que muchos escritores, sobre todo jóvenes, vieran peligrosa la relación entre el romanticismo alemán, presentado por Böhl a los lectores españoles, y una suerte de reacción política y religiosa. Años más tarde, Mora resucitó su amistad con los Böhl y se sumó a los postulados de los Schlegel, igual que hizo Alcalá Galiano, quien también fue moderando su postura política alejándose cada vez más del radicalismo liberal. En sentido opuesto a Böhl, hubo asimismo defensores del modelo romántico alemán que él había explicado y traducido que, sin embargo, se declararon liberales, como el moderado Agustín Durán (1789-1862), amante de la literatura popular, así como del teatro nacional y autor de uno de los textos teóricos fundamentales del romanticismo español, el conocido *Discurso sobre el influjo que ha tenido la crítica moderna en la decadencia del teatro antiguo español* (1828); y Milá y Fontanals (1818-1884), joven progresista a la sazón.

manifestarse a modo de lucha contra los valores establecidos. Sabido es que el romántico planteó una suerte de subversión frente a las reglas del arte, el absolutismo, la censura, la injusticia social, etc. Es, pues, un modelo que se plantea siempre asociado a un conflicto imposible de resolver enteramente, por lo que el final trágico y la frustración suelen comparecer en el arquetipo (Argullol, 1990). ¿Y qué timbres poseía la figura de Napoleón para poder instrumentalizarla con el fin de convertirlo en un héroe romántico? En primer lugar interesa recordar la utilidad que para los enemigos de los Borbones en Francia y del absolutismo en España podía representar una figura que encarnara la lucha contra los reaccionarios. Liberada España de la amenaza de un cambio dinástico, convertir a Napoleón en defensor del liberalismo y azote del absolutismo venía como anillo al dedo para la mayoría de románticos españoles. El propio Emperador se había mostrado a sí mismo como el puente entre el Antiguo Régimen y la Modernidad. La presentación del corso como hombre moderno que ha liberado muchos lugares de Europa del yugo del Antiguo Régimen tuvo su eco literario. Stendhal (1783-1842), por ejemplo, lo consideró el libertador de Italia y el artífice de la andadura moderna de aquella península. La idea de cambio ligada al ejemplo de Napoleón suponía también un intento de relacionarlo con sentimientos como los de ilusión o esperanza. De este modo, el ideal de progreso no se circunscribía solo a la prosperidad de la burguesía sino también a la defensa de un modelo de individuos movidos por ideales. Entre estos cabría destacar a los militares. No fue extraño que Victor Hugo (1802-1885) reparase en la gloria de los soldados que siguieron al Emperador, el hombre que había consolidado la revolución y, por tanto, que se situaba bajo la estela de los sucesos de 1789. Nada tenía que ver ese pasado glorioso con la secuela, horra de cualquier gloria, que sería el Segundo Imperio de Napoleón III, como el mismo Hugo reveló en sus *Châtiments* (1852). El contraste entre los dos Napoleones da la medida de la heroicidad del primero frente a la ramplonería del tercero.

Precisamente, uno de los modelos románticos que gozó de éxito en España fue el del mártir de la libertad, encarnado por lo general en un liberal que arriesga todo lo que tiene, incluida su propia vida, por la defensa de una causa justa como era la abolición del absolutismo. Este tipo fue representado en muchas ocasiones por militares. No era de extrañar, dado el gran protagonismo que tuvieron en la vida pública durante la guerra, por descontado, pero también después de 1814. A la altura de 1820, en España, el dechado del liberalismo venía representado por el general Rafael del Riego (1784-1823), quien, entre nosotros, fue relacionado nada menos que con la mítica figura de Napoleón (Castells y Roca, 2004: 5). Y no era de extrañar, pues el militar español reunía casi todos los atributos propios del mártir de la libertad. En efecto, Riego había arriesgado su vida por la causa del liberalismo en numerosas ocasiones, luchó en la Guerra de la Independencia cayendo preso y siendo conducido a Francia, de donde había conseguido huir para regresar a España, donde juró la Constitución, que más tarde defendió del absolutismo de Fernando VII con el famoso levantamiento que encabezó junto con el olvidado Quiroga. Tras el Trienio, volvió a sufrir persecución y murió ahorcado y decapitado, broche a una vida que casa muy bien con el destino trágico del héroe romántico.

Otro militar, icono del liberalismo, Torrijos (1791-1831), también se convirtió en héroe romántico al servicio de la causa liberal. Él fue un ejemplo de cómo, en el ideario romántico, prevaleció el valor de las obras que el individuo acometía al aval y empuje del entorno familiar. Torrijos, que provenía de una familia muy acomodada, podría haber disfrutado de una vida muy tranquila llena de privilegios y prebendas, pero lo sacrificó todo por defender sus ideales. Como Riego, sufrió persecuciones y prisión, arriesgó su vida en el campo de batalla y en los complots contra Fernando VII en que participó. Pero, a diferencia del héroe de Las Cabezas de San Juan, este acabó exiliado en Londres, otro desenlace

trágico, una suerte de muerte civil momentánea que no lo libraría de morir fusilado en 1831 por su participación en un pronunciamiento contra el absolutismo. En Inglaterra tradujo, entre 1825 y 1826, las *Memorias* de Napoleón,²⁰ dictadas por este en Santa Elena a los generales Gourgaud (1783-1852) y Montholon (1783-1853) (Alvargonzález, 2018). En ellas, el militar francés se pintó a sí mismo como adalid del liberalismo e impulsor del progreso en Europa (Hazareesingh, 2005: 756), dos divisas románticas compartidas por los románticos europeos; víctima de persecución y exilio; y reo en una isla. Torrijos añadió a su traducción una biografía del protagonista en cuyas páginas se percibe la comparecencia de sentimientos encontrados hacia la figura del Emperador.²¹ No resulta difícil comprobar que los rasgos básicos del héroe romántico que comparten Riego y Torrijos pueden ser también identificados en el caso de Bonaparte. Quizás, el mayor de ellos fuera el carácter trágico de estos héroes, que se sienten superiores a sus compatriotas por dedicar sus vidas a una lucha constante contra viento y marea en defensa de un ideal (Clarke, s. f.). Su superioridad radicaba precisamente en su condición de seres indómitos, rebeldes e inadaptados. Tal conciencia es deudora de la nueva mentalidad a la que he aludido arriba, que valoraba más las obras del individuo que su dinero o árbol genealógico. De paso se subrayaban los timbres humanos del héroe, quien compartía con el resto de mortales el sufrimiento y la adversidad. No se ocultan, sin embargo, las enormes cualidades de estas personas, su poder de convicción, su capacidad de trabajo, su resistencia, inteligencia, etc. Los lectores del *Memorial* de Las Cases pudieron conocer todos estos detalles junto a los padecimientos a los que hubo de hacer frente Napoleón durante su exilio, incluidas las enfermedades y la añoranza de su país y sus seres queridos. La heroicidad romántica nunca estuvo despojada de esa parte humana y mortal que el héroe sabe afrontar con dignidad aceptando los designios del destino. Así, Napoleón respondió al desgaire la decisión inglesa de retirarle el tratamiento imperial durante su cautiverio. Como don Quijote, Bonaparte le quitó hierro al asunto y vino a decir que él sabía quién era, por lo que el resto podía dirigirse a su persona como le placiera. Fue precisamente ese lado del ser el que conmovía a los seguidores del héroe provocando en ellos una suerte de conexión sentimental con este, basada sobre todo en el hecho de que, contemplado desde su cara humana, el héroe compartía con el resto de seres sentimientos y pasiones. No en balde, algunos periódicos españoles del Trienio denominaron al corso «el prisionero de Santa Elena». Era, en el mismo sentido, la *popularidad* otra de las características del héroe romántico. La cercanía al pueblo, por el que luchan o al que pretenden guiar o instruir, otorga a estos individuos una especie de representación de facto de la colectividad. Las Cases persevera mucho en mostrar esta cualidad napoleónica. Victor Hugo, que no es

²⁰ Unos años antes, en 1823 concretamente, se publicó en casi todas las lenguas de Europa el conocido *Memorial* de E. de Las Cases, quien iba anotando día a día todo lo que Napoleón le dictaba. La imagen que se daba aquí del Emperador distaba mucho de la que había circulado por doquier años atrás construida sobre todo a base de acumular elementos negativos que conformaban el carácter del protagonista: avaro, tirano, ambicioso, insaciable, sanguinario, etc. Se trata de un héroe de tintes románticos, que obra alentado por ideales y que en el momento de su mayor postramiento se halla aislado, desterrado, solo. Las Cases lo presentó como el depositario de las ideas liberales. Gil Novales ha puesto de manifiesto el interés que hubo en la España del XIX por todo lo concerniente a Napoleón, lo que explica la proliferación de traducciones, que, en ocasiones, se combinaban con aportaciones generales: «Le public en Espagne restait fidèle au personnage de l'empereur, depuis les plus simples anecdotes jusqu'aux problèmes les plus complexes d'évaluation historique» (2004: 185).

²¹ El caso de Godoy, a una escala mucho menor, también tiene sus paralelismos. Hubo de exiliarse sin poder regresar a España, pues, cuando Isabel II lo permitió en 1847, ya era demasiado tarde por la edad y el estado de salud del valido. El mismo Fernando VII se mostró hostil hacia el que había sido preferido de su padre y no fue hasta después de la muerte de este cuando Godoy publicó sus memorias en 1836. A partir de ese momento, algunos románticos españoles (Blanco-White [1775-1841], Alcalá Galiano, Mesonero [1803-1882] y Larra principalmente) intentaron rehabilitar su figura (Calvo 2017: 264-269).

sospechoso de bonapartista, lo supo ver en su *Prefacio a Cromwell* (1827), donde el escritor francés empleó la imagen del relámpago del alma que se entreabre para explicar la conciencia de Napoleón de que él era un simple mortal.

Dirigido por el afrancesado Sebastián Miñano, *El Censor* (1820-1822) (Morange, 1985 y 2019), cuya redacción defendió el neoclasicismo y una suerte de liberalismo ultramoderno, casi en la línea del despotismo ilustrado, publicó un artículo del también afrancesado Alberto Lista en que se observa la admiración de los colegionarios del autor y el deseo de hacer justicia a la figura histórica que había facilitado en España la redacción de la constitución de 1812, la abolición de la Inquisición y la extinción de otros restos de feudalismo anquilosados en este país (n.º 9, 1821, p. 289). En efecto, bajo el significativo título «Mérito, fortuna, errores, crímenes y desgracias de Napoleón Buonaparte» (n.º 9, 1821, pp. 287-335), su autor expuso, tras la muerte de Napoleón, por extenso lo que promete el rótulo de su trabajo. Repárese en la descripción de los últimos años del Emperador, en que este se presenta casi como un héroe romántico (Castells y Roca, 2004: 66-75), solo y alejado de su patria y de sus seres queridos:

El gran general, el batallador afortunado, el profundo político, el legislador de un gran pueblo, el déspota tan temido, el conquistador ambicioso, y el que en la embriaguez de su fortuna pudo olvidarse con más razón que Alejandro de que había nacido mortal, ha pasado sus últimos días en una prisión y ha fallecido lejos de su patria, separado de su esposa y de su hijo, apartado de todos sus parientes y amigos, y lo que ha debido serle más doloroso todavía, cargado con la execración de la Europa, a la cual quiso esclavizar, pudiendo haberla dado la libertad [...] (pp. 287-288).

Lista hace hincapié en la grandeza de Napoleón, la cual, según él, descansa en sus cualidades innatas:

[...] Napoleón Buonaparte ha sido uno de aquellos hombres que el mundo ha llamado siempre grandes; porque en ellos se reconocen ciertas cualidades eminentes, que no es fácil hallar reunidas en un solo individuo de la especie humana, y porque en ellos hasta los crímenes tienen algo de grandioso y heroico, como que nacen no de pasiones viles y rateras, sino de aquellas que solo se excitan en almas grandes y en corazones generosos (p. 290).

Pero no siempre *El Censor* divulgó una imagen positiva de Bonaparte porque, al principio de la segunda década del siglo, todavía se podía leer en sus páginas que «Napoleón y la libertad eran incompatibles» (19 de agosto de 1820), aunque el mismo periódico, a finales de ese año y a lo largo del siguiente, fue introduciendo comentarios positivos acerca de Bonaparte e incluso llegó a considerar el Estatuto de Bayona como la primera constitución española. Por su parte, en agosto de 1821, el *Diario Constitucional, Político y Mercantil de Barcelona* (1820-1823), que, hasta abril de 1820, se denominó *Diario Constitucional de Barcelona* y que lució en su cabecera la leyenda «Constitución o Muerte» a partir de junio de 1821 (popularmente se conoció como *Diario de Dorca*, por su impresor), expresaba su confianza en que los españoles acabarían perdonando a Bonaparte, palabras que se escribieron tras conocerse que este había muerto el 5 de mayo de 1821, aunque la noticia tardó en difundirse unos meses:

Los verdaderos liberales de España, los hombres ilustrados de este país, a quienes no podía ocultarse que el prisionero de Santa Elena pesaba todavía mucho en la balanza política de la Europa, no habrán mirado su muerte con indiferencia; y estoy persuadido que muchos de ellos la habrán sentido vivamente (1 de agosto de 1821).

Tiene especial relevancia este periódico por ser su contenido casi íntegramente político, por haberse ido decantando, sobre todo a partir del verano de 1821 por las posturas más radicales del liberalismo y finalmente por acoger en sus páginas la colaboración de López Soler (1799-1836) (que firmaba en el periódico como *Lopezio*) y Aribau (Ubarisso) (1798-1862), futuros promotores de *El Europeo*. Unos meses antes, el 23 de junio de 1821, *El Universal* (1820-1823), cuya línea editorial fue más ilustrada que liberal, aunque menos conservadora que la presentada por *El Censor*, ofrecía una visión dulcificada de Napoleón, a cuya invasión el pueblo español debía una «constitución inmortal» al tiempo que el periódico valoraba mejor el despotismo de Bonaparte que el expuesto en el Congreso de Laibach (1821), por considerar este último retrógrado. Acaba el redactor opinando incluso que «la aparición de Napoleón hoy día sería tal vez el mejor dique que pudiera oponerse a la ambición inmensa de la Rusia, a la política capciosa de Metternich, a la insufrible insolencia de los ultras franceses, y a la mejor salvaguardia de la libertad constitucional de la Europa». No extrañan estas opiniones de la exitosa publicación dirigida por el afrancesado Manuel José Narganes (1772-1823).

La muerte de Napoleón se vio en otras cabeceras como el fin de uno de los representantes de la tiranía. El radical y satírico periódico *El Zurriago* (1821-1823), en su primer número, en el apartado de *Variedades*, trajo a colación el sermón de un predicador en que este había dicho a los fieles que «Napoleón se había muerto, y que éramos libres y que la seguridad personal es una cosa guena [*sic*]». El periódico recordó constantemente a Fernando VII que debía seguir la senda constitucional y abandonar cualquier intento de volver al absolutismo. No extraña, por tanto, que la redacción de esta publicación asociara la tiranía napoleónica con el absolutismo fernandino. En la sección de *Política* de los n.ºs 86-87-88-89 de 1823, se alude a que Napoleón había fundado en Francia una policía inquisitorial, que había traído posteriormente a España. Finalmente, *El Zurriago* advirtió a las potencias reunidas en Verona, dispuestas a auxiliar a Fernando VII en la restauración absolutista, de que Napoleón, a quien hacen defensor de la misma causa que aquellas, fue derrotado por los españoles (n.º 85, 1823).

El Espectador (1821-1823), de corte también exaltado, imprimió asimismo el martes 17 de julio de 1821 la noticia de la muerte de Napoleón en su revista de prensa extranjera sin introducir ningún comentario ni valoración. Reproduce curiosamente una suerte de parte médico, incluyendo la autopsia del cadáver y los detalles de la enfermedad. Hasta el 25 de julio no encontramos más alusiones a Bonaparte en el diario madrileño. Ese día, también en la sección dedicada a las noticias extranjeras procedentes de otros periódicos, se publicaron más detalles de la muerte del Emperador, así como el informe de la autopsia. Se citaron también sus últimas palabras: «¡Dios mío! ¡Y la nación francesa!». Se da cuenta a continuación del funeral y se describe el lugar donde se dio sepultura a los restos como romanesco ('romántico'). Todo lo que la redacción del diario español extractó y tradujo en esos días procedente de cabeceras inglesas y francesas hacía alusión al Napoleón de carne y hueso, que había vivido sus últimos días en brazos de la enfermedad y de su fatal destino. Pero a pesar de la inclemencia de este, Bonaparte dejó la vida con dignidad y sosiego.

Aparecido ya en la restauración absolutista, *El Europeo* (1823-1824),²² cosmopolita publicación barcelonesa cuya redacción estuvo formada por colaboradores españoles, italianos e ingleses, por su parte, publicó el 20 de marzo de 1824 un curioso diálogo ficticio entre Robespierre, siempre maltratado por esta publicación, y Napoleón, en que se comparan ambos personajes. Obsérvese la descripción romántica del primer parlamento de Robespierre en que el Emperador se presenta casi como un espectro y la lección de *vanitas* de todo el texto:

Robespierre

Tu taciturno aspecto, tu frente meditabunda, tus ojos penetrantes y tu andar misterioso me indican que eres el alma de aquel célebre guerrero, que acaba de descender a estas lúgubres mansiones.

Napoleón

No cabe duda; fui guerrero, obtuve celebridad, y el mundo tembló debajo mis plantas... ¿y bien? ¿qué pretendes de mí? ¿acaso que te refiera mis hazañas y te entretenga algunos momentos con la relación exagerada de mis triunfos? ¡Ay! ¡harto me pesa no haber hecho mejor uso de ellos!

Robespierre

Y debe pesarle a la verdad. Antes que tus enemigos triunfasen de ti, antes que te arrastrasen a una isla desconocida hasta entonces, debías tener la complacencia de derramar toda la sangre de tu nación. ¡Insensato! Donde quiera elevabas templos a las artes y arcos triunfales que perpetuasen el recuerdo de tus victorias, y estos monumentos cayeron vergonzosamente el día en que caíste tú.

Napoleón

Es un hecho que hermosteeé la capital de mi imperio y la llené por decirlo así de mí mismo, porque en todos sus ángulos se reproducía la idea de mis conquistas; pero no creo que esto sea digno de reprehensión; pues ¿qué podía elevar más grande en vez de aquellos admirables monumentos?

Robespierre

Guillotinas.

El Europeo ya había publicado a principios de ese año un interesante artículo sobre los perjuicios que acarreaba el olvido de las costumbres nacionales en que se evaluaba el carácter español en tiempos de la Guerra de la Independencia, muy en la línea de los postulados de Schlegel. Aunque se ensalza el valor del pueblo español y su ascendiente guerrero, no aparece denigrada la figura de Napoleón, a quien «acataban los monarcas de la tierra» y que se había lanzado a la conquista de España al frente de «aguerridas legiones». Se inicia, en otro orden de cosas, el fragmento con el argumento de la inferioridad cultural y científica del pueblo español frente al francés que habían utilizado los afrancesados, como se vio arriba en la *Gazeta de Sevilla* de Lista, para defender la conveniencia del gobierno de José Bonaparte sobre la ruda España:

²² Para el estudio de esta publicación, véase Sprague, 2009.

Los españoles pelearon como fanáticos en la Guerra de la Independencia porque se les decía que los invasores venían a destruir su religión y sus costumbres. Tal vez si hubiesen sido más cultos e ilustrados se hubieran dejado dominar, pero virtuosos, aunque rudos y sencillos como en los tiempos de los Alfonsos, armaron una cruzada a favor de su religión, de su rey y de su independencia nacional, y a pesar de la disciplina y conocidas ventajas de las aguerridas legiones de Napoleón Bonaparte, se arrojaban al combate con aquella intrepidez y osadía, que solo de un fanatismo patriótico se hubiera podido exigir. La España abandonada a sí misma y con menos recursos que las demás naciones de Europa pudo rechazar a la furiosa avenida que la amenazaba. La España se atrevió sin gobierno y sin plan alguno a declararse contra aquel a quien acataban los monarcas de la tierra. El mismo Napoleón, que parecía despreciar la ignorancia de los españoles, no pudo desconocer el ascendiente que tenía sobre ellos el imperio de las costumbres al ver que, así como en otro tiempo lo habían abandonado todo para conservarlas, ahora con igual fervor todo lo iban a arrostrar por defenderlas. Y añadamos a cuanto llevamos dicho la consideración de que cuando un pueblo unido entre sí por sus usos característicos, que le distinguen de los demás, pelea con el objeto laudable de conservarlos, se halla enlazado por un mismo interés, por un igual sentimiento, y nada es bastante a entorpecer o inhabilitar el impulso que se ha dado gloriosamente a sí mismo (31 de enero de 1824).

Tanto *El Censor* como *El Europeo*, cada cabecera en su diferente línea ideológica, ofrecieron en los casos a los que acabo de aludir el retrato de un romántico liberal, cuyo modelo más elaborado acabaría cuajando en la tercera década del siglo, muy bien representado iconográfica y textualmente en la lujosa revista romántica *El Artista* (1835-1836), por dar un caso. Las limitaciones que padeció la redacción del periódico barcelonés debidas a la censura y la persecución que volvieron con fuerza al final del Trienio (el primer número vio la luz en noviembre de 1823) no permitieron otra cosa que la moderación. Esta se manifestó en el intento de conciliar a ossiánicos y homéridas (denominación que usó Ramón López Soler en el periódico para referirse a románticos y clasicistas respectivamente), así como en la casi general ausencia de opinión política. La caracterización del romanticismo que se leía en las páginas de *El Europeo* radicaba sobre todo en su origen caballeresco y cristiano, de corte tradicionalista, como el de Böhl, pero de sesgo liberal.

Ahora bien, no todas las publicaciones de aquellos años fueron igual de benevolentes con Napoleón. En el mismo año en que *El Europeo* imprimió el artículo citado arriba, la londinense *Westminster Review* (1824-1914), en su segundo número, dio a la luz un ensayo firmado por el exiliado Alcalá Galiano, en que, haciendo balance del trienio constitucional y del fracaso del programa liberal español, el autor sitúa a Napoleón del lado del despotismo y recuerda que el pueblo español fue el primero en resistírsele y el que más contribuyó a su derrota (Llorens, 2006: 563 y ss.). En este caso, la opinión sobre Napoleón es más parecida a la usual en los años de la Guerra de la Independencia. El autor también retomó la socorrida antítesis cuyos polos enfrentados eran el valor de los españoles frente a la maquinaria depredadora napoleónica.

3. EL HOMBRE-GLOBO. LOS TESTIMONIOS DE LARRA Y ESPRONCEDA

Muerto Fernando VII, romanticismo y liberalismo pudieron zafarse del rígido corsé que Calomarde había impuesto a los españoles con las armas de la censura y de la policía. En ese tiempo, Napoleón ya no era solo un héroe romántico, sino que progresivamente

su legado se fue asociando (no unánimemente, pero sí al menos de forma destacable) al declive del Antiguo Régimen y a la defensa de los derechos civiles. En Francia, la popularidad de Napoleón había ido escalando posiciones en contra de la del rey Luis Felipe, incapaz de despertar algún grado de ilusión en los franceses. En este contexto, en París se concluyó en 1836 el Arco de Triunfo que Bonaparte había iniciado en 1806 y se erigió una estatua de Napoleón sobre la Columna *Vendôme*. La rehabilitación de la figura del Emperador, que hasta ahora se venía realizando por iniciativa de políticos, escritores, biógrafos, historiadores, etc. pasa a ser asunto de Estado. El cambio tenía connotaciones significativas ya que no se rendía tributo a la figura de un héroe individual de timbres románticos, como se ha visto en el apartado anterior, sino al hombre que podía encarnar mejor las cualidades colectivas e imperecederas de la nación. De vuelta a España, la desaparición del rey hizo posible el regreso de aquellos liberales que hubieron de abandonar su patria tras el Trienio (entre ellos los nombrados ya Mora y Alcalá Galiano, quien, en 1834, firmó el importante prólogo a *El moro expósito* de Rivas, que vino a ser la puntilla a los defensores del clasicismo). Espronceda también hubo de partir. Él y Larra han sido presentados habitualmente como ejemplos del romanticismo liberal, aunque entre ambos escritores hay muchas diferencias políticas y cívicas. Después del reinado de Fernando VII, no se puede descartar que el periodista madrileño se viera influido por las posiciones políticas del poeta extremeño, con quien mantuvo estrecha amistad.²³

La adscripción política de Larra ha sido objeto de numerosas discusiones. En noviembre de 1826, Larra había solicitado sin éxito el ingreso en el Cuerpo de Voluntarios realistas, una institución creada por Fernando VII que funcionaba como brazo paramilitar destinado a combatir cualquier atisbo de liberalismo. El rechazo se debió a que Larra todavía no había cumplido los dieciocho años requeridos para el acceso al Cuerpo. Finalmente, lo consiguió en marzo de 1827. El joven periodista vivía en aquel entonces solo en Madrid con muy pocos medios, pues se había emancipado de los padres en 1825. No era conocido ni se hallaba arropado por su familia. La lectura que se ha realizado del hecho de que Larra, declarado liberal más tarde, fuera uno de los Voluntarios reales no está exenta de especulación por falta de datos sobre todo, apuntando en alguna ocasión a varias interpretaciones.²⁴ Es comprensible que un joven desprotegido y solitario sin un medio para ganarse la vida buscara un empleo que le permitiera salir adelante por su cuenta sin necesidad de recabar la ayuda paterna. En este sentido, el Cuerpo de

²³ Algunos aspectos de su biografía, no obstante, han sido cimiento para quienes han relacionado a ambos escritores. En efecto, compartieron muchos de los atributos del héroe romántico que se han ido señalando en las páginas precedentes. Los dos vivieron casi los mismos acontecimientos, que se fueron sucediendo frenéticamente a partir de 1808. Ambos nacieron en los albores de la Guerra de la Independencia, recibieron una primera educación de corte neoclásico e ilustrado (Espronceda, de manos de Lista; y Larra, hijo de afrancesado, realizó sus primeros estudios en Francia adquiriendo una formación humanística de raíz grecolatina), conocieron todas las etapas del reinado de Fernando VII y murieron prematuramente, durante la minoría de edad de Isabel II. En lo sentimental, uno y otro tuvieron experiencias tortuosas con desenlace infeliz. El suicidio de Larra, en fin, y la campaña propagandística que siguió a este convirtieron al periodista madrileño en icono romántico. Despuntaron en los dos escritores la rebeldía y el inconformismo, que Larra encauzó en sus feroces artículos, que fue publicando incluso en los peores años del absolutismo fernandino, así como en su pose de *dandy*, una suerte de distanciamiento de sus contemporáneos, cuyas costumbres aborrecía; y Espronceda, en el ejercicio de la política tanto subversiva como parlamentaria y en el de la poesía.

²⁴ Entre otras, que el escritor madrileño no hubiera sido siempre un convencido liberal (Urrutia, 1977) y pudiera haber profesado como realista moderado (Varela, 1978); que su concepto de liberalismo fue acomodándose a la realidad española y nutriéndose de lecturas, sobre todo en lengua francesa, procedentes de obras de Jouy (1764-1846), Chateaubriand (1768-1848), Didier (1805-1864) y Lermínier (1803-1857) (Pérez Vidal, 2009); que se supo adaptar a las circunstancias para poder publicar en aquellos años absolutistas partiendo de los ideales de la Ilustración española hasta alcanzar una actitud liberal (Escobar, 1983); que, identificándose con los ideales de progreso, su pensamiento político fuese evolucionando según las circunstancias (Kirkpatrick, 1977), etc.

Voluntarios podía ofrecer esa oportunidad que el periodista estaba buscando para sobrevivir. Asimismo, Larra es todavía muy joven y pudiera ser que sus preferencias políticas no estuvieran todavía arraigadas ni fueran tan firmes como años más tarde cuando llegó a ser el adalid del liberalismo y tal vez escribió que «el liberal es el símbolo del movimiento perpetuo» (1835a) en referencia a su propia evolución personal. Él se burló constantemente de algunos frutos del constitucionalismo de su tiempo reparando en muchas contradicciones del nuevo régimen, pero sobre todo en la pesada y lenta maquinaria del Estado y en la crueldad de las leyes, que, en contra del principio de fraternidad, permitían todavía la pena capital. A pesar del alborozo con que recibió la proclamación del Estatuto Real, hecho que celebró a la par que el estreno de *La conjuración de Venecia, año 1310*,²⁵ de Martínez de la Rosa, a la sazón Jefe del Estado, nunca dejó de criticar el sistema político que él mismo defendía, porque, en el fondo, Larra, más que sumarse a ideario alguno, propuso a sus lectores que reflexionaran sobre los asuntos que *Fígaro* traía a colación en cada nueva entrega dedicada al escrutinio de costumbres o a la crítica literaria. Muerto Fernando VII, sus críticas al carlismo y su simpatía por el liberalismo más progresista fueron menudeando en sus escritos hasta el punto de que condenó la tibieza de Martínez de la Rosa en favor de Mendizábal, a quien recibió con aplausos cuando llegó a ser Jefe de gobierno en 1835, aunque enseguida mostrara desilusión por el incumplimiento de sus promesas. En cualquier caso, Larra criticó la división habida entre los liberales, la limitación de algunas libertades por parte de los sucesivos gobiernos que se van formando a partir de 1833, el auge del carlismo en algunas regiones de España, la presencia de la censura gubernamental, el poder de la Iglesia a pesar de las desamortizaciones y otros decretos, etc. En el artículo «Primera contestación de un liberal de allá a un liberal de acá» (1834a), Larra se cebó en Martínez de la Rosa acusándolo de continuista y favorecedor de los intereses de los seguidores de Calomarde y del Infante don Carlos. El mismo año intentó resumir las diferencias entre liberales moderados y progresistas en las dos entregas de «Dos liberales o lo que es entenderse» (1834b). Se quejó amargamente nuestro periodista de la falta de altura de miras de algunos liberales, que se habían esforzado más por conseguir un buen puesto que por defender los ideales capaces de traer al país las reformas necesarias para su modernización.

Precisamente, en ese contexto de frustración, ni la grandeza ni los ideales del Emperador de los franceses podían pasar desapercibidos para dos testigos de excepción de su tiempo, que interpretaron muy bien el sentido de las acciones que, en Francia, se estaban llevando a cabo para reconducir la popularidad de Napoleón en beneficio de un ideal colectivo que simbolizara la gloria nacional francesa. En efecto, Larra, en el artículo ya nombrado «El hombre-globo» (1835b), se fijó en la capacidad de algunos hombres, como el corso, de convertirse en crisol de los atributos necesarios para representar los valores morales y políticos de una nación. Así, *Fígaro* dividió nuestra especie en tres tipos de hombres, sólido, líquido y gaseoso. El primero, según el periodista madrileño, es el *hombre-raíz*, u *hombre-patata*, inseparable de la tierra. Este ve solo un laberinto en todo, en política, en religión, etc. «De esta especie sale el esclavo, el criado, el ser abyecto; en una palabra, el que nunca ha de leer y saber esto mismo que se dice de él. No raciocina, no obra sino sirve». Sin *hombres-sólidos* no habría tiranos. En definitiva, aquellos son la muchedumbre a que aludimos con la palabra *pueblo*. El *hombre-líquido*, al contrario, fluye, se mueve, cambia, serpentea, pasa de un empleo a otro. Es quien engrosa la denominada

²⁵ Larra exclamó en su crítica del día 25 de abril de 1834 en *La Revista Española*: «¡Un Estatuto Real, la primera piedra que ha de servir al edificio de la regeneración de España, y un drama lleno de mérito! ¡Y esto lo hemos visto todo en una semana!».

clase media. «Hoy es meritorio, mañana escribiente, pasado oficial; su instinto es crecer, rara vez separarse del suelo; si se alza momentáneamente, vuelve a caer». Finalmente, el *hombre-gas* «se alza por sí solo dondequiera que está [...]. No hay obstáculos para él [...]. Su frente es altiva, sus ojos de águila, su fuerza irresistible, su movimiento el del tapón de una botella de champagne». Larra continúa afirmando que nada resulta más natural «que el que demos a esta especie el nombre de *hombre-globo*; sólo así podemos hacerle perceptible a nuestros sentidos». A este último género pertenecía, según Larra, Napoleón. Frente a Francia, otras naciones europeas o los Estados Unidos de América, España carecía de esa especie de hombres, pues tal era la desgracia que había arraigado en el país, que cuando surgía uno entre nosotros solo era perceptible su grandeza a ras de suelo, ya que, conforme se iba elevando, esta iba difuminándose hasta desaparecer. Volviendo a la figura de Napoleón, Larra reconoció que este había sido el mayor *hombre-globo* francés, así como que su descenso había sido «glorioso» y su retirada «honrosa». Con estos adjetivos, el periodista español dejaba patente su admiración por Napoleón sin traer a cuento ninguna connotación negativa a propósito de la invasión francesa de España o de su condición de tirano ambicioso insaciable que tantas veces se había asociado a su nombre en la literatura y la prensa de los años de la Guerra de la Independencia. Y al mismo tiempo, ponía los ojos en la España contemporánea, huérfana de hombres de tal calaña capaces de alcanzar metas ambiciosas y luchar por ideales.

Espronceda, por su parte, siempre se mostró en contra del absolutismo y partidario del liberalismo más radical frente a las opciones más moderadas. Su amigo Patricio de la Escosura (1807-1878) lo apodó con razón «buscarruidos» por su participación en asonadas y su pertenencia a grupos antigubernamentales como la sociedad secreta de los *Numantinos* en 1823, creada tras la ejecución de Riego; una sociedad de partidarios de Torrijos a finales de 1829; la sociedad secreta *La Isabelina* en 1834; y otras tantas en 1837. No era de extrañar que, a partir de 1830, la policía española ya considerara *revolucionario* a nuestro poeta, quien no solo combatió el absolutismo sino también la injusticia social y la deriva mercantilista de la sociedad burguesa, como se constata en la oda dedicada «A la traslación de las cenizas de Napoleón».²⁶ En el tiempo en que tuvieron lugar esos hechos, Espronceda se había manifestado en contra de María Cristina, cuya regencia se

²⁶ Conviene recordar que los héroes de las canciones de Espronceda se fueron convirtiendo en lugar común, aun a riesgo de perder su primer sentido inconformista. La hermosa revista romántica *El Artista*, por ejemplo, publicó en 1835 la célebre «Canción del pirata», acompañada de una hermosa litografía de Elena Feillet. Tanto en la imagen como en el texto literario comparecieron todos los tópicos románticos que se querían mostrar en una publicación, que, a pesar de su adscripción al nuevo movimiento, no dejó de imprimir en sus páginas anacreónticas y otros poemas de inspiración clasicista. El contenido del poema se concentra en torno a la idea de la libertad individual y en contra de los valores burgueses, fundados en los bienes materiales y ajenos a cualquier ideal. También allí, y en el mismo año, se publicó *El pastor clasiquino*, sátira escrita por el autor de la «Canción» en que se comparaban burlescamente el *clasiquino* con el *romántico*. Poema y sátira coincidían en el tiempo con la decisión del autor de abandonar la elaboración del *Pelayo*, proyecto literario de aliento neoclásico animado por su maestro Alberto Lista. Parece que el poeta de Almendralejo se había decantado ya definitivamente por una poesía capaz de servir de instrumento de la sociedad contemporánea. Habrá que esperar, no obstante, hasta *El diablo mundo* (1840-1841), que se publica en fragmentos coincidiendo con las mismas fechas de composición e impresión del poema dedicado a Napoleón, para encontrar un sentido del poeta más moderno y a tono con los románticos europeos. El autor se sumaba así a la concepción del poeta que había manifestado en diferentes lugares Larra, esto es dota al artista de una función social que radica tanto en su liderazgo al hacer las veces de guía de sus contemporáneos, como en su inspiración poética, o genio, que le permite iluminar y mostrar el camino, siguiendo la misma metáfora a que acabo de aludir. Acogiéndose, en este sentido, al ideario de Saint-Simon, Espronceda, igual que Larra, tuvo la idea de que la poesía obedecía a un fin social, y más específicamente, a contribuir al progreso de los individuos en tanto que estos conviven en grupo. Así las cosas, cuando Ros de Olano escribió el prólogo para la *Introducción* y el *Canto I* de *El diablo mundo*, reconoció precisamente que «el poeta es en el orden moral el jefe de la humanidad de su tiempo y de aquellas generaciones que vendrán», de ahí que sociedad contemporánea y poesía sean presentadas como compañeras de viaje con el objeto de que el poeta sea capaz de concebir un «plan tan grande e ilustrado que abarque nuestra sociedad entera» (en Espronceda, 1985: 164).

vio interrumpida en 1840 debido a los actos revolucionarios de septiembre de ese año, entre ellos el motín barcelonés contra la Ley de Ayuntamientos, que fue seguido por la insurrección de la Milicia Nacional en Madrid. Ello ocurría a los pocos meses de finalizada la Primera Guerra Carlista. Tal cariz alcanzó la situación, que la regente hubo de abdicar y abandonar España el 17 de octubre de ese mismo año. Tras su partida, el general Espartero fue elegido regente hasta que fue declarada tres años más tarde la mayoría de edad de Isabel II a sus trece años de vida. También en 1840, Espronceda había publicado su célebre «El dos de mayo» en el aniversario de la sublevación de los madrileños contra los franceses, donde se exalta el valor del pueblo, capaz de conseguir la independencia y la libertad (en mayúsculas en el poema) con alusiones negativas a Luis Felipe I, que se repiten en el poema dedicado a Napoleón, como se verá enseguida. Es constante la animadversión de Espronceda contra el rey francés, a quien asocia a la intervención de los *Cien Mil Hijos de San Luis*. Meses más tarde defendería a los emigrados liberales y propondría que estos fueran condecorados por su patriotismo. Tras el fallido asalto a Palacio Real del 7 de octubre de 1841 protagonizado por los generales León (1807-1841), Gutiérrez de la Concha (1808-1874) y Pezuela (1809-1906), quienes pretendieron secuestrar a la reina niña y hacer caer a Espartero en beneficio de la viuda de Fernando VII como parte de un pronunciamiento urdido por el ala moderada de los liberales, nuestro poeta dedicó un soneto *A Guardia*, «astro de libertad» caído en la lucha contra los conjurados, representantes del liberalismo más templado partidario del regreso de María Cristina. El poema, publicado en diferentes periódicos madrileños, fue recitado por su autor en la tumba del militar, acto cargado de simbolismo romántico (recuérdese al joven Zorrilla haciendo lo propio en el funeral de Larra unos años antes). En este contexto, en 1841, con ocasión del traslado de los restos de Napoleón a Francia, ordenado el año anterior por Luis Felipe I (tío de María Cristina y anfitrión suyo durante su exilio parisino), el poeta de Almendralejo aprovechó la figura del francés para hacer balance de la realidad europea de entonces (Gil Novales, 2009). Por esa razón, su amigo Patricio de la Escosura rotuló el poema «A la degradación de Europa», elevándose del caso concreto, anecdótico y soslayado por el fondo del poema, para defender que la poesía no debía quedar solo arrinconada en el escaparate de lo lúdico o lo retórico, sino que poseía una función social que radicaba en su capacidad crítica de análisis de la historia contemporánea. Por el mismo tiempo vieron la luz en España tres traducciones de *Des idées napoléoniennes* (1839), debidas al propio Escosura, a Mor de Fuentes (1762-1848) y a Enciso Castrillón (1780-1840),²⁷ tres traductores y escritores de cierta nombradía en su tiempo. El original francés fue obra del sobrino de Napoleón, Luis (1808-1873). El hecho de que el libro se tradujera por partida triple el mismo año de su publicación francesa revela el interés que la figura del Emperador despertaba en España (Gil Novales, 2004). En otro orden de cosas, ni Luis Napoleón se ciñó al análisis de los hechos históricos ni su libro habría despertado la curiosidad de lectores y traductores de no ser por su protagonista. Menos interés parece que despertó el traslado de las cenizas como tema poético. A la aportación de Espronceda se puede añadir otra extensa pieza poética firmada un poco más tarde por Gabriel García y Tassara (1817-1875) rotulada «A Napoleón. En la traslación de su cadáver de Santa Elena a Francia, en 1840»²⁸

²⁷ Repárese en que una década atrás, la traducción y publicación de los memoriales de Napoleón provocaban resquemor en Europa, y más específicamente en Francia. Sobre el caso de Torrijos y su traducción de las memorias de Napoleón puede leerse a Alvargonzález (2018).

²⁸ También escribió el soneto «Napoleón», poema laudatorio en que se sintetizan los elementos míticos de la grandeza del protagonista: valor, éxito militar, inmortalidad de su obra (*Revista de Madrid*, 1849: 253). En una edición en libro datada en 1872 se tituló «Napoleón en Santa Elena», luego se refiere a un momento histórico anterior al de Espronceda y al que él mismo dedicó al traslado de los restos.

(*El Heraldo*, 3 de agosto de 1842), donde también el poeta se refiere al presente de Europa. De vuelta al poema del autor de *El estudiante de Salamanca*, el primero de los marbetes apareció en *El Iris. Semanario Enciclopédico* en 1841 (p. 75) (Martinengo, 1964), donde la silva, con alguna alteración métrica respecto del modelo renacentista, se publicó dividida en estancias de catorce versos, excepto la primera (10) y la tercera (12). Si llevamos a la oda de Espronceda, la terminología de Larra, el rey francés pertenecería a la especie de hombres-líquidos, que son capaces de moverse sin elevarse del suelo, mientras que el gran hombre-gas francés, Napoleón, seguía siendo ejemplo de la grandeza de obrar en defensa de un ideal, de la capacidad de elevarse de lo material y mercantil. No en vano, Espronceda llama a Luis Felipe «rey mercader», quien ha preterido las grandes empresas humanas en favor del mercantilismo, como recuerda el poeta español en el arranque del poema:

Miseria y avidez, dinero y prosa,
en vil mercado convertido el mundo,
los arranques del alma generosa
poniendo a precio inmundos;
cuando tu suerte y esplendor preside
un mercader que con su vara mide
el genio y la virtud, mísera Europa,
y entre el lienzo vulgar que bordó de oro,
muerto tu antiguo lustre y tu decoro,
como a un cadáver fétido te arropa.

En el mismo año de 1841, el propio Espronceda había afirmado que «la Europa hoy día es una gran fábrica de trabajadores avaros» (1954: 94). Dicho de otro modo, los grandes proyectos de la Europa romántica habían quedado en agua de borrajas con el advenimiento de un programa mediocre de supervivencia de las clases populares y enriquecimiento de la burguesía y las clases dirigentes. El mejor ejemplo quizás fue el francés, de ahí que Espronceda aprovechara un hecho histórico notable, como fue el traslado de los restos de Napoleón, para denunciar, al modo de Quintana en sus odas, el hundimiento de la idea romántica de progreso, que había sido sustituida por otra menos elevada y pretenciosa radicada en la expectativa social de aumento de la riqueza a causa de la industrialización y de la creación de una masa de asalariados cuya situación poco mejoró. Victor Hugo, que había sido testigo de los actos parisinos del 15 de diciembre de 1840, dejó escrito un testimonio muy interesante. Cómo estos pobres obreros adoraron a Napoleón queda muy bien resumido en este pasaje:

Rue Saint-André-des-Arcs, le mouvement fébrile de la fête commence à se faire sentir. —Oui, c'est une fête; la fête d'un cercueil exilé qui revient en triomphe. —Trois hommes du peuple, de ces pauvres ouvriers en haillons, qui ont froid et faim tout l'hiver, marchent devant moi tout joyeux. L'un d'eux saute, danse et fait mille folies en criant: Vive l'empereur! De jolies grisettes parées passent, menées par leurs étudiants. Des fiacres se hâtent vers les Invalides (1913: 39).

Del mismo modo reparó Hugo en que en el acto se había exagerado toda apariencia, símbolo del prosaico presente francés, en contraste con el esplendor de la época de Napoleón I, sintetizado en los numerosos objetos representativos de la gloria de ese tiempo. El gran escritor francés dio como ejemplo el detalle del falso sarcófago y cómo las «planches

de sapin» (1913: 44) han sustituido al legítimo oro. Y no pasó por alto el escritor el hecho de que se ocultara a la multitud lo que esta precisamente quería ver, el féretro del Emperador. Interesaba a los promotores del acto trasladar al pueblo más la idea de que aquel espectáculo era muestra de la grandeza eterna de Francia que acercarlo a la figura de Napoleón, como si se tratase de una representación donde el protagonista quedaba en penumbra:

Le vrai cercueil est invisible. On l'a déposé dans la cave du soubassement, ce qui diminue l'émotion.

C'est là le grave défaut de ce char. Il cache ce qu'on voudrait voir, ce que la France a réclamé, ce que le peuple attend, ce que tous les yeux cherchent, le cercueil de Napoléon (1913: 44).

Al hilo de esas ideas precisamente, Espronceda, retomando el antiguo tópico de las ruinas, compara el pasado esplendor del Emperador con el actual postramiento de la Francia de Luis Felipe. El arrebató romántico comparece en los siguientes versos en los que la poesía vuelve a ponerse al servicio de un fin social, un ejercicio responsable destinado a la denuncia de la realidad contemporánea:

Yo cantaré, la humanidad me escucha.

Yo volaré donde la tumba oculta
la antigua gloria y esplendor del mundo,
yo con mi mano arrancaré la losa,
removeré la tierra que sepulta,
semilla de virtud, polvo fecundo,
la ceniza de un héroe generosa:
Y en medio el mundo, en la anchurosa plaza
de la gran capital, ante los ojos
de su dormida degradada raza
arrojando sus pálidos despojos:
«¡Oh, avergonzados!» gritaré a la gente,
«¡Oh, de los hombres despreciable escoria,
venid, doblad la envilecida frente,
un cadáver no más es vuestra gloria!»

Este modelo, que se había implantado en la Francia de entonces, había igualado el progreso a la acumulación de dinero, despojando de su verdadera magnitud el concepto romántico:

Cuando a los ojos blanqueada tumba
centro es tu corazón de podredumbre,
cuando la voz en ti ya no retumba,
vieja Europa, del héroe ni el profeta,
ni en ti refleja su encantada lumbre
el audaz entusiasmo del poeta;
yerta tu alma y sordos tus oídos,
con prosaico afanar en tu miseria,
arrastrando en el lodo tu materia,
solo abiertos al lucro tus sentidos.

Como ya había declarado Sebold (2001: 237-238), el poema de Espronceda sigue la estela de las odas de Quintana. El hispanista norteamericano, analizando sobre todo la métrica, relacionó al autor de *El diablo mundo* con la poética neoclasicista y con las odas del madrileño más específicamente. De hecho, este estudioso tituló el capítulo dedicado al asunto «El desconocido Espronceda neoclásico», donde llega a la conclusión de que:

Ningún poeta ha hablado en tono más quintaniano que Espronceda, en su oda al sol. La misma ardiente cosmovisión esproncediana a lo Quintana se acusa en el poema dedicado al Napoleón cadáver y la Europa decadente, y nuestro poeta [Espronceda] advierte al viejo, corrompido y mal parado continente de que ya «ni en ti refleja su encantada lumbre / el audaz entusiasmo del poeta», entusiasmo audaz, entusiasmo a lo Quintana (2001: 237-238).

Me parece que Espronceda percibió, gracias a su fino instinto lírico, el acierto de Quintana en sus odas patrióticas, que no solo radicaba en forjar entusiasmo, sino en traer a colación la rica tradición literaria española que tenía el mismo peso en el momento de la guerra que la sorprendente historia militar de España. Dicho de otro modo, lo que hacía de España una nación que debía defenderse del invasor y liberarse de las garras de Napoleón no era solo su pasado militar glorioso sino su noble cultura literaria y, usando un adjetivo extemporáneo, su acervo intelectual. La lírica, en este sentido superior a la épica, era el género que podía dar cabida a la expresión del sentimiento del poeta en su deseo de no romper el cordón umbilical que unía la literatura española antigua con la moderna. En la cuarta década del siglo, un romántico como Espronceda, que ya se declara republicano y se muestra incapaz de acomodarse al pequeño plan pergeñado por la clase dirigente más como una solución provisional que como una expectativa con alcance de futuro, eligió la lírica para recordar a sus contemporáneos que el nombre de Bonaparte seguía arrebatando al pueblo, como Heine percibió muy bien en la Francia anodina de Luis Felipe.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. (1818), *Historia de la guerra de España contra Napoleón Bonaparte*, Madrid, Imprenta de Burgos.
- AA.VV. (1984), *Les espagnols et Napoléon*, Aix-en-Provence, Publications de l'Université.
- ALARCÓN, Pedro Antonio de (1857), ¡Viva el Papa!, *El Museo Universal*, I, 23 (15 de diciembre), pp. 194-195.
- ALCALÁ GALIANO, Antonio (1845), *Historia de España*, Madrid, Imprenta de la Sociedad Literaria y Tipográfica, tomo 5.
- ALEXANDER, R. S. (2001), *Napoleon*, Londres, Arnold.
- ÁLVAREZ JUNCO, José (1994), «La invención de la Guerra de la Independencia», *Studia Historica-Historia contemporánea*, XII, pp. 75-99.
- (2001), *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus.
- ALVARGONZÁLEZ FERNÁNDEZ, Manuel (2018), «José María de Torrijos y la teorización del político romántico a través de Napoleón Bonaparte», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 24, pp. 701-721.
- ARGULLOL, Rafael (1990), *El Héroe y el Único. El espíritu trágico del romanticismo*, Barcelona, Destino.
- ARTOLA, Miguel (1953), *Los afrancesados*, Madrid, Turner.
- AYMES, Jean René (2002), «La imagen de Francia y de los franceses en 1808», en *Actas de las Terceras Jornadas sobre la batalla de Bailén y la España contemporánea*, Jaén, Universidad, pp. 83-117.

- BELTRÁN DE HEREDIA, Pablo (1944), *Estela literaria de Napoleón*, Madrid, Atlas.
- BENGIO, Abraham (1981), «De Néron à Osiris. Le mythe de Napoléon dans la littérature romantique», en *La invasión napoleónica. Economía, cultura i societat*, Barcelona, Universitat Autònoma, pp. 99-131.
- BONAPARTE, Napoleón (1821), *Máximas y pensamientos del prisionero de Santa Elena*, Madrid, Imprenta de Villalpando.
- BOUDON, Jacques Olivier (1998), «Grand homme ou demi-dieu? La mise en place d'une religion napoléonienne», *Romantisme*, 100, pp. 131-141.
- CALVO MATURANA, Antonio (2007), «*Napoladrón Malaparte*, el *Choricero* y la *Madre desnaturalizada*: los papeles antagonistas en el mensaje legitimador de *El Deseado*», en Mercè Morales (ed.), *Actes del Congrés Ocupació i Resistència a la Guerra del Francès (1808-1814)*, Barcelona, Museo de Historia de Cataluña, pp. 189-202.
- (2017), «“El funesto privilegio de contemplarse a sí mismo después de muerto”: la rehabilitación romántica del exiliado Manuel Godoy», en Alberto Romero Ferrer y David Loyola López (eds.), *Las musas errantes: cultura literaria y exilio en la España de la primera mitad del siglo XIX*, Gijón, Trea, pp. 261-272.
- CANTOS CASENAVE, Marieta, Fernando DURÁN LÓPEZ y Alberto ROMERO FERRER (eds.) (2008), *La guerra de pluma. Estudios sobre la prensa de Cádiz en el tiempo de las Cortes (1810-1814)*, Cádiz, Universidad.
- CAPMANY, Antonio de (1988 [1808]), *Centinela contra franceses*, Londres, Tamesis Books.
- CARNERO ARBAT, Guillermo (1981), «La utilización del mito antinapoleónico en el primer romanticismo conservador español», en *La invasión napoleónica. Economía, cultura i societat*, Barcelona, Universitat Autònoma, pp. 133-157.
- CASTELLS OLIVÁN, Irene y Jordi ROCA VERNET (2004), «Napoleón y el mito del héroe romántico. Su proyección en España (1815-1831)», *Hispania Nova. Revista Electrónica de Historia Contemporánea*, 4, pp. 62-80.
- CHATEAUVIEUX, Lullin de (1820) [1818], *Manuscrito o resumen de la vida política de Napoleón Buonaparte, escrito por él mismo en la Isla de Santa Elena*, Madrid, Espinosa.
- CLARKE, George (s. f.), «El héroe trágico romántico. El camino hacia lo imposible, la seducción del fracaso y la conquista de lo inevitable». En <http://www.academia.edu/2115907/>.
- Colección documental del Fraile* (1008 vols.): Fray Salvador Joaquín de Sevilla, *España triunfante de Napoleón, la Francia y todos sus enemigos* [que contiene escritos en diferente género y forma principalmente fechados entre 1808 y 1814].
- DARÍO, Rubén (1904), «Waterloo», en *Tierras solares*, Madrid, Leonardo Williams Editor, pp. 195-197.
- DUFOUR, Gerad (2010), «La prensa en la España ocupada por los franceses», en Emilio La Parra López (ed.), *La guerra de Napoleón en España. Reacciones, imágenes, consecuencias*, Alicante, Universidad, pp. 135-148.
- DURÁN LÓPEZ, Fernando, Alberto ROMERO FERRER y Marieta CANTOS CASENAVE (eds.) (2009), *La patria poética. Estudios sobre literatura y política en la obra de Manuel José Quintana*, Madrid, Iberoamericana / Vervuert.
- DWYER, Philip (2008), *Napoleon. The path to power (1769-1799)*, Bloomsbury.
- ELORZA, Antonio (2005), «Despierta España. 1808. Nacimiento de una nación», *La Aventura de la Historia*, 86, pp. 20-29.
- ESPRONCEDA, José de (1954), *Obras completas*, Madrid, Atlas.
- (1985), *El estudiante de Salamanca. El diablo mundo*, ed. R. Marrast, Madrid, Castalia.
- ÉTIENVRE, Jean-François (2010), «Propaganda antinapoleónica. El arma de la poesía», en Emilio La Parra López (ed.), *La guerra de Napoleón en España. Reacciones, imágenes, consecuencias*, Alicante, Universidad, pp. 249-266.

- FERRI COLL, José María (2017), «Sobre el concepto de *Siglo de Oro* según su ideación deciochesca», en Pedro Aullón de Haro y Emilio Crespo (eds.), *La idea de lo clásico*, Madrid, Fundación Pastor de Estudios Clásicos, pp. 261-272.
- FLITTER, Derek (1995), *Teoría y práctica del romanticismo español*, Cambridge University Press.
- FREIRE LÓPEZ, Ana M.^a (1988), «La fábula como forma de la sátira política en la España de principios del siglo XIX», en *De la Ilustración al Romanticismo: Cádiz, América y Europa ante la modernidad, 1750-1850*, Cádiz, Universidad, pp. 303-315.
- (2008a), *Entre la Ilustración y el Romanticismo. La huella de la Guerra de la Independencia en la literatura española*, Alicante, Universidad.
- (2008b), *Índice bibliográfico de la Colección documental del Fraile*, Madrid, Instituto de Historia y Cultura Militar.
- (2009), «La imagen de Napoleón en el teatro», en Mercè Boixareu y Robin Lefere (eds.), *La historia de Francia en la literatura española. Amenaza o modelo*, Madrid, Castalia, pp. 459-472.
- FUENTES, Juan Francisco (2004), «Mito y concepto de pueblo en el siglo XIX: Una comparación entre España y Francia», *Historia contemporánea*, 28, pp. 95-110.
- FUGIER, André (2008 [1930]), *Napoleón y España*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- GARCÍA CÁRCEL, Ricardo (2006), «El concepto de España en 1808», *Norba. Revista de Historia*, 19, pp. 175-189.
- (2008), «Los mitos de la Guerra de la Independencia», *Revista de Occidente*, 326-327, 2008, pp. 25-45.
- GIES, David (1991), «Hacia un mito anti-napoleónico en el teatro español de los primeros años del siglo XIX», en Ermanno Caldera (ed.), *Teatro político spagnolo del primo Ottocento*, Roma, Bulzoni, pp. 43-62.
- GIL NOVALES, Alberto (2004), «Napoléon, anti-Napoléon en Espagne, à partir de 1815», *Annales Historiques de la Révolution Française*, 336, pp. 185-197.
- (2009), «Espronceda ante Napoleón, 1841», en José Luis Bernal Salgado y Miguel Ángel Lama Hernández (eds.), *José de Espronceda en su centenario (1808-2008)*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, pp. 15-37.
- GIRARDET, Raoul (1986), *Mythes et mythologies politiques*, Paris, Seuil.
- GÓMEZ ÍMAZ, Manuel (1910), *Los periódicos durante la Guerra de la Independencia (1808-1814)*, Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos. Ed. Moderna: Sevilla, Centro de Estudios Andaluces-Renacimiento, 2008.
- GONNARD, Philippe (1906), *Les origines de la légende napoléonienne: l'oeuvre historique de Napoléon à Sainte-Hélène*, Paris, Calmann-Lévy.
- HAZAREESINGH, Sudhir (2004a), «Bonapartism as the progenitor of democracy», en Peter Baehr y Melvin Richter (eds.), *Dictatorship in History and Theory: Bonapartism, Caesarism and Totalitarianism*, Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press, pp. 129-154.
- (2004b), *The Legend of Napoleon*, Londres, Granta.
- (2005), «Napoleonic Memory in Nineteenth-Century France: The Making of a Liberal Legend», *MLN*, 120, 4, pp. 747-773.
- HERR, R. (1965), «Good, Evil, and Spain's Rising against Napoleon», en R. Herr y H. T. Parker (eds.), *Ideas in History*, Duke Univ. Press, pp. 157-181.
- HUGO, Victor (1913) [1840], «Funérailles de Napoléon. 15 décembre 1840. Notes prises sur place», en Paul Ollendorff (ed.), *Oeuvres complètes*, Paris, Imprimerie Nationale, vol. 25 [*Choses vues*], pp. 39-58.
- JURETSCHKE, Hans (1962), *Los afrancesados en la Guerra de la Independencia: su génesis, desarrollo y consecuencias históricas*, Madrid, Rialp.

- KIRKPATRICK, Susan (1977), *Larra. El inextricable laberinto de un romántico*, Madrid, Gredos.
- LA PARRA LÓPEZ, Emilio (ed.) (2010), *La guerra de Napoleón en España. Reacciones, imágenes, consecuencias*, Alicante, Universidad.
- LARRA, Mariano José de (1834a), «Primera contestación de un liberal de allá a un liberal de acá», *El Observador*, n.º 93, 15 de octubre.
- (1834b), «Dos liberales o lo que es entenderse», *El Observador*, n.º 122, 13 y 16 de noviembre.
- (1835a), «La diligencia», *El Mensajero*, 16 de abril.
- (1835b), «El hombre-globo», *Revista Mensajero*, n.º 9, 9 de marzo.
- (2000), *Colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres*. Ed. Alejandro Pérez Vidal, Barcelona, Crítica.
- LARRAZ, Emmanuel (1974), «La satire de Napoléon Bonaparte et de Joseph I dans le théâtre espagnol: 1808-1814», en *Hommage à A. Joucla-Ruau*, Aix-en-Provence, Université de Provence, pp. 125-137.
- LAS CASES, Conde de (1990), *Memorial de Napoleón en Santa Elena*, México, Fondo de Cultura Económica.
- LEZPONA, José María de (1808), *Discurso en elogio de la milicia, y delineación del carácter militar con las consideraciones que este se merece del común de la nación, indicando algunas reflexiones sobre la actual guerra con Francia, o más bien con su Emperador Napoleón Iº*, Sevilla, Imprenta de Antonio Rodríguez.
- LILTI, Antoine (2014), *Figures publiques. L'invention de la célébrité (1750-1850)*, Paris, Librairie Arthème Fayard.
- LLORENS, Vicente (2006) [1943], *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1834)*, Madrid, Castalia.
- LÓPEZ TABAR, Juan (2001), *Los famosos traidores. Los afrancesados durante la crisis del Antiguo Régimen (1808-1832)*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- LOTE, Georges (1930), «La mort de Napoléon et l'opinion bonapartiste en 1821», *Revue des Études Napoléoniennes*, Julio-Diciembre.
- LUCAS-DUBRETON, Jean (1960), *Le culte de Napoléon (1815-1848)*, Paris, Albin Michel.
- MARRAST, Robert (1974), *Espronceda et son temps*, Paris, Klincksieck.
- MARCO, Joaquín (1981), «Reacción frente al francés en la literatura popular en España», *La invasión napoleónica. Economía, cultura i societat*, Barcelona, Universitat Autònoma, pp. 159-184.
- MARTINENGO, Alessandro (1964), «Para una nueva edición de las poesías de Espronceda», *Thesaurus*, XIX, 1, pp. 565-570.
- MARTÍNEZ TORRÓN, Diego (1997), *Manuel José Quintana y el espíritu de la España liberal*, Sevilla, Alfar.
- MORANGE, Claude (1985), «Dénominations, désignations et qualifications de Napoléon. Un sondage dans *El Censor* (1820-1822)», *Iberica*, 5, pp. 179-199.
- (2019), *En los orígenes del moderantismo decimonónico: «El Censor» (1820-1822): promotores, doctrina e índices*, Salamanca, Universidad.
- MORENO ALONSO, Manuel (2001), «La fabricación de Fernando VII», *Ayer*, 41, pp. 17-42.
- (2012a), «La gaceta afrancesada de Sevilla», *El Argonauta Español*, en línea, 9.
- (2012b), «Jovellanos entre los “enemigos de la patria” tras el derrumbamiento de la Junta Central (1810-1812)», *Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII*, 22, pp. 39-59.
- PÉREZ VIDAL, Alejandro (2009), «El liberalismo de Larra: algunas inspiraciones francesas», en Joaquín Álvarez Barrientos, José María Ferri Coll y Enrique Rubio Cremades (eds.), *Larra en el mundo. La misión de un escritor moderno*, Alicante, Universidad, pp. 51-72.
- QUINTANA, Manuel José (1808), *Poesías patrióticas*, Madrid, Imprenta Real.

- ROCA VERNET, J. (2002), «Las imágenes en la cultura política liberal durante el Trienio (1820-1823). El caso de Barcelona», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 10, pp. 185-220.
- RODRÍGUEZ SÁNCHEZ DE LEÓN, M.^a José (2012), «Literatura y política: la función de la literatura en las primeras décadas del siglo XIX», *Revista de Literatura*, LXXIV, 148, pp. 401-428.
- ROURA I AULINAS, Lluís (ed.) (2004), *L'Espagne et Napoléon*, número monográfico de *Annales Historiques de la Révolution Française*, 336.
- SÁNCHEZ GARCÍA, Raquel (2008), «Del pueblo heroico al pueblo resistente. La Guerra de la Independencia en la literatura», en Joaquín Álvarez Barrientos (ed.), *La Guerra de la Independencia en la cultura española*, Madrid, Siglo XXI, pp. 159-190.
- (2018), «El héroe romántico y el mártir de la libertad: los mitos de la revolución en la España del siglo XIX», *La Albolafia: Revista de Humanidades y Cultura*, 13, pp. 45-66.
- SEBOLD, Russell P. (2001), *La perduración de la modalidad clásica. Poesía y prosa españolas de los siglos XVII a XIX*, Salamanca, Universidad.
- SPRAGUE, Paula (2009), *El Europeo (Barcelona, 1823-1824): prensa, modernidad y universalismo*, Madrid-Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert.
- STOCK, Paul (2006), «Imposing Napoleon: the Romantic appropriation of Bonaparte», *Journal of European Studies*, 36, 3, pp. 363-388.
- TULARD, J. (1971), *Le mythe de Napoléon*, Paris, Armand Colin.
- (1987), *Napoléon ou le mythe du saviour*, Paris, Fayard.
- URRUTIA, Jorge (1977), «Larra, defensor de Fernando VII», *Ínsula*, 366, p.3.
- VARELA, José Luis (1964), «Larra ante el poder», *Ínsula*, 206, pp. 1 y 7.
- (1978), «Larra, voluntario realista», *Hispanic Review*, XLVI, pp. 407-420.
- (1983), *Larra y España*. Madrid, Espasa Calpe.
- VILAR, Pierre (1973), «Pàtria i nació en el vocabulari de la guerra contra Napoleó», en *Assaigs sobre la Catalunya del segle XVIII*, Barcelona, Curial, pp. 133-170.
- WALDE MOHENO, Lillian von der (1994), «La posición ideológica de Manuel José Quintana en A España, después de la revolución de marzo», en Juan Villegas (ed.), *Actas del XI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* (1992), The Regents of University of California, vol. 5, pp. 435-244.